

# GONZALO MAIER

## Hay un mundo en otra parte



LITERATURA RANDOM HOUSE

## Índice

Cubierta

Un año más o menos largo

Ah, la Ilustración

Dos o tres apuntes sobre el maoísmo

Cuaderno adversativo

La vida nueva

20 x 20

Una foto de Araki

Ah, la Perestroika

Créditos

*Decidió cambiar de vida, aprovechar las horas de la mañana. Se levantó a las seis, se duchó, se afeitó, se vistió, tomó desayuno, fumó un par de cigarrillos, se sentó a la mesa de trabajo y despertó al mediodía.*

EENNIO FLAIANO

## UN AÑO MÁS O MENOS LARGO

Me enteré de las gallinas al día siguiente, muy temprano por la mañana.

Fue de golpe, no las esperaba, aunque lo cierto es que no esperaba nada. Estaba agotado después de una mudanza e incluso algo confundido tras volver de improviso a Santiago. Hasta hace unos días vivía afuera, y me había acostumbrado a estar muy lejos, pero de pronto había vuelto y estaba demasiado cerca. No sabría explicarlo de otro modo. Entonces, las oí cacarear.

Eran casi las cinco de la mañana y gritaban fascinadas, supongo, porque otro día acababa de comenzar. Afuera ni siquiera había salido el sol y adentro del departamento literalmente no había nada —el contenedor con nuestras cosas iba en la cubierta del *Bodo Schulte*, a quince nudos por hora, según una página de internet que la empresa de mudanzas recomendó consultar— y yo no tenía una cafetera o libros como para hacer algo a esas horas de la mañana —ni siquiera tenía por qué estar despierto, pero una vez que abro los ojos no puedo volver a cerrarlos—, así que me levanté de la cama inflable y en calzoncillos miré por la ventana hacia la casa de la vecina para descubrir que en su patio trasero no tenía un par de gallinas sino un gallinero en toda regla.

Era verano en Ñuñoa y a pocos metros estaba la avenida Irrarrázaval, que en un par de horas estaría llena de micros y de señoras vendiendo humitas o bolsas con ensaladas de apio. Esa calle, supuestamente trazada hace un montón de años por los incas, cuando el barrio todavía se llamaba Ñuño hue y era parte del Tahuantinsuyu, es una línea recta llena de tiendas, que sube hasta perderse en los faldeos de la cordillera y que de seguro no tuvo ni

tendrá tiempos mejores. En cualquier caso, y pese al exceso de cemento, a una o dos cuabras estaban las gallinas haciendo caso omiso de la vida urbana y de las buenas costumbres que uno exigiría a esas horas de la mañana.

Cuando arrendé el departamento no me di cuenta. En realidad, solo escuché que el dueño no pedía la montaña habitual de papeles —que yo no tenía ni pensaba tener— y asentí como un niño ansioso y dispuesto a recibir lo que sea. Unos minutos más tarde, ya solo en medio de esos noventa metros cuadrados, caminé por el departamento vacío con el contrato de arriendo en la mano y en ese momento descubrí que la pieza más chica de todas miraba hacia la cordillera de los Andes, sin edificios entremedio, con una vista vertical y hermosa. Adentro las paredes estaban —y están— mal pintadas, con una capa lánguida de pintura blanca que intentaba sin mucha suerte esconder un viejo papel mural y la alfombra parecía —y parece— agotada después de décadas de uso, sin embargo, la vista en un día despejado como ese resultaba insuperable: la cordillera, el cerro Provincia, tres nubes blancas decorando el cielo, la promesa de un invierno con cimas nevadas. En otras palabras, la puerta de entrada al fin del mundo.

Así fue como llegué a esa madrugada inaugural en que me quedé con las manos en la cintura, frente a la ventana, intentando contarlas, individualizarlas, pero se movían como los soldados de una guerrilla vietnamita. Era imposible saber si la vecina tenía quince, veinte o treinta gallinas. De cualquier forma, yo era un espectador aturdido y somnoliento que las miraba como un turista resignado frente a un temporal en pleno verano: había vuelto a Santiago deseoso de ruido, de antiguos amigos, de un par de librerías, de una ciudad llena de cemento, de edificios altos, de tacos, de polvo, de esa luz amarilla medio difuminada que algunas mañanas lo tiñe todo de un dorado que solo he visto en esta ciudad, pero del otro lado de la ventana tenía a un gallo con una cresta rojísima que estiraba las alas, cacareaba con furia y seguía su carrera hacia ninguna parte.

Más cerca de treinta que de veinte.

Hay una bandada de loros que vive en la misma cuadra, pero ninguno se atreve a robarle la comida a las gallinas. Las palomas, en cambio, no lo piensan dos veces y conviven con ellas en minoría, tal como el perro, el gato y la señora que las alimenta.

De un momento a otro, y sin ningún motivo, vuelven corriendo al gallinero.

15.30: la señora abre la puerta de la cocina y de repente, sin aviso, sus huéspedes —gallinas, pollos, gallos— aparecen de la nada y corren desesperados hacia ella. El mejor —acaso el gran y único artista— es el gallo grande, que de un salto y ayudado por un aleteo flojo llega a comer desde el estacionamiento de nuestro edificio. Cuando termina, se encarama de nuevo en el esqueleto de un parrón a medio morir y, con otro aleteo flojo, se aleja de la casa.

Semanas más tarde, cuando se fue el camión de la mudanza y las cajas quedaron desparramadas en el comedor, el panorama parecía dislocado. Ahí estaban las sábanas, el reproductor de películas frente al que había pasado tantas horas, un montón de bolsas con ropa y el reloj rosado que alguna vez mi antiguo vecino dio por inútil. Cada cosa era perfectamente reconocible, pero estaba fuera de lugar, algo así como esos perros abandonados que atraviesan miles de kilómetros hasta encontrar a sus antiguos dueños.

Armar el departamento me tomó tan poco tiempo como el escritorio que instalé frente a esa ventana que mira a los Andes. Luego puse una sillita y enchufé el computador: era una oficina humilde y respetable, muy acorde a mis ganas de escribir un libro sobre terremotos y tal vez un par de ensayos sobre esta ciudad triste y ruidosa. Sin embargo, si estiraba un poco el cuello —así, sin ningún esfuerzo— y miraba hacia abajo, las veía cacareando a los

pies de un limonero grande y frondoso. Estaban en el patio trasero de una casa de dos pisos, de ladrillos y tejas rojas. En realidad, era muy parecida a cualquier otra casa de Ñuñoa. Por fuera quizás se la podría reconocer por una buganvilia grande y florida, que debe llevar décadas ahí mismo, más alta incluso que la propia casa. Trepaba por un enrejado lateral de tablas blancas y —al menos mientras las miraba esa tarde— sus flores eran de un lila apagado. Será el otoño que se acerca, pensé.

Así, casi sin querer, mis días santiaguinos comenzaron a tomar un ritmo extraño y algo campestre, que nada tenía que ver con mis planes. Me levantaba casi de madrugada a trabajar frente al computador hasta que por la tarde, cuando ya no cacareaba ninguna, lo apagaba. A partir de ese momento indefinido, que casi todos los días variaba según la posición del planeta respecto al sol, ya no podía seguir frente a la pantalla porque era muy parecido a trabajar en una oficina cuando todos se han ido y solo queda la luz blanca del pasillo, y muy al fondo, como en una película de terror, esa máquina para purificar el agua con una perilla azul y otra roja.

Sin duda son más de quince y menos de treinta.

Por las tardes, y bajo los rayos de sol, el gato rubio duerme la siesta sobre el techo del gallinero.

A dos cuadras del departamento, en Simón Bolívar con Chile España, compro huevos de campo en un local vegetariano. Con una esperanza un poco ridícula, y mientras la muchacha de *dreadlocks* los envuelve uno a uno en papel de diario, le pregunto de dónde vienen. ¿Qué cosa? Los huevos. De Talagante, dice.

«El huevo es pollo en potencia, pero es huevo en acto. El huevo en acto es muy superior al desafortunado pollo en acto. Por otra parte, si

metafísicamente es preciso admitir la anterioridad del acto sobre la potencia, no será así estéticamente: es indiscutible la superioridad de la pureza y la sencillez del huevo sobre la confusión, exceso y arbitrariedad de la gallina», leo en un libro de Hugo Hiriart.

Veintiséis, eso, veintiséis.

Lo vamos a encontrar, me dijo, tiene que estar por acá cerca. Lo último no lo entendí muy bien porque él ya estaba medio encorvado, metiéndose a través de la grieta que separaba un arbusto de otro. Yo lo seguía porque a eso me dedicaba durante el verano: a tratar de ser como él, a pisarle los talones, a esquivar las ramas que de pronto me golpeaban la frente, a trabajar como su aprendiz y ayudante.

El ladrón tiene que haber venido de —y en ese momento, ya del otro lado del arbusto, se puso de pie lentamente, miró hacia los costados y al final apuntó con su dedo índice hacia el oeste—: ¡allá!

Allá no había nada, solo un campo pelado y deprimente, un montón de tierra seca y suelta, que de un instante a otro me pareció peligroso, digno de las historias de los Pincheira o de los asaltantes que hace unos meses, según mi abuelo, habían entrado encapuchados —y con una escopeta en la mano— al Banco del Estado que estaba ahí en el pueblo.

Durante la noche el ladrón de gallinas robó las cinco ponedoras, que estaban a unos pocos metros de nuestras camas, y no nos enteramos.

Eso fue hace muchos años, en todo caso. Supongo que a fines de los ochenta, durante un verano en el que pasamos varias semanas solos y leímos un montón de policiales. En realidad, él los leía y yo los hojeaba: Perry Mason, Miss Marple, Poirot, Maigret, detectives que repetían que los asesinos siempre vuelven al lugar del crimen, que esa era una regla básica e imposible de pasar por alto, pero nosotros habíamos leído tan mal esos libros

que confundimos a los asesinos con los delincuentes de poca monta y nos preparamos para esperar el inminente regreso del ladrón de gallinas.

El plan no estaba del todo claro, o yo no terminaba de verlo, pero me limitaba a obedecerle. Lo que sí intuía, ahora que lo pienso frente a una ventana que mira a la cordillera, es que él lo pasaba muy bien, que sentía un placer vibrante al hablar de peligros, de asaltantes, al preguntarme si sabía disparar. Lo hizo de improviso, mirando hacia otro lado, sin prestar mucha atención, como quien pregunta alguna cosa mundana y de lo más corriente, por ejemplo, si a las lentejas les falta sal. Por supuesto que yo no había disparado nunca y él lo sabía, sin embargo quería ejercer su papel, disfrutaba estando al mando, perdido en ese campo que siempre estuvo botado hasta que lo echaron del estudio de arquitectos, supongo, por robarse algo de plata. Imagino que lo habrá hecho por un buen motivo o, al menos, por un monto que valiera la pena. Los años siguientes los pasó ahí, escondido, lejos de su departamento en Providencia, que estaba lleno de planos y cuadros pintados por él mismo, uno de esos lugares que con mis primos atravesábamos hechizados, descubriendo tubos con pinturas de colores, retratos de gente en pelota, fotos en blanco y negro de parientes muertos y pequeños artefactos, por regla general, inútiles.

Sobre la tierra seca del patio, y con la rama de un árbol, dibujó la casa con detalles excesivos —un viejo balaustre de madera, una puerta chueca—, como haciendo gala de un talento que yo envidiaba como pocas cosas, y luego dos líneas. Una a la izquierda, otra a la derecha. Acá estarás tú con el revólver, dijo, y acá yo con el fusil. El ladrón aparecerá por el medio.

Es raro cómo uno se adapta a las circunstancias. De repente algunas cosas parecen lejanas e imposibles, pero llegado el momento lo extraordinario se esconde en la cotidianidad más pedestre. Desde besar a una persona deseada hasta obtener una invitación con todo pagado al Caribe, mil cosas parecen destinadas a otros, remotas, sacadas de revistas extranjeras, sueños en

aparición imposibles que cuando se miran de cerca carecen de cualquier atractivo y uno los recibe con la misma naturalidad con que, por la mañana, se pone los calcetines.

Por culpa del ladrón de gallinas, quiero decir, intuí que yo también podía ser un valiente, que allá afuera el mundo era bravo, que hacía falta gente como nosotros. Al final, esa tarde fuimos a comprar otras gallinas a un almacén del pueblo —eran cuatro: blancas y chillonas— y olvidamos al ladrón, y comimos anticuchos en la parrilla del patio trasero y nunca empuñé un revólver, pero lo que no logro olvidar es ese vacío en el estómago que aparece de improviso e indica que viene algo importante, que hay cosas de vida o muerte, que alguna definición vital está cerca.

Un fragmento de un poema de Elizabeth Bishop que una amiga me manda por correo después de preguntar cómo estuvo la mudanza: «Ay, por qué una gallina / tuvo que ser atropellada / en West 4th Street / en la mitad del verano».

En uno de esos videos que circulan con éxito en internet, esta mañana vi cómo el gato Maru daba un pequeño salto y se metía de cabeza en una caja de cartón para el deleite de su ejército de fanáticos. Era un piquero limpio, pulcro, excesivamente japonés. Lo miré en mi recién estrenada oficina e incluso aproveché de ver otros dos que me recomendaba Youtube. En el último, una periodista contaba que hace poco Maru se había convertido en el animal más visto en internet.

Mirar a un animal doméstico, escribía John Berger, es mirar desde la incompreensión. Entre el animal y el hombre no hay un lenguaje común, aun cuando se ven y se temen y se aman, cada uno desde su especie. Supongo que para cualquiera que haya tenido perros o gatos el asunto suena de lo más normal. Las gallinas del vecino, sin embargo, eran distintas. Ellas no me

veían, pero yo sí a ellas. Y eso las dejaba en el mismo estatuto de los animales salvajes que se exhiben en los zoológicos. Eran solo un punto donde enfocar la mirada —el centro del espectáculo—, y al mismo tiempo el observador —o sea, yo— se volvía invisible para ellas. Es una forma de compañía, pensé, muy parecida a los videos del gato Maru.

El juego de ingenio, tan famoso durante la infancia, era el siguiente: un campesino tenía un zorro, un saco de maíz y una gallina que necesitaba trasladar al otro lado de un río calmo y bajo. Si el río hubiera sido bravo, el problema habría desaparecido de inmediato pues el campesino no sería capaz de llevar sus pertenencias —lo arrastraría la corriente, ni modo. Así que las certezas eran estas: el río era calmo y el campesino tenía dos manos, aunque esos detalles eran los que menos importaban. O tal vez no: era muy raro que pese a sus extremidades superiores y a la calma del río, el campesino —cosa extraña entre quienes ejercen ese oficio físico y desgastante— tan solo pudiera llevar una cosa en cada mano. El problema, ya se ve, no era la poca destreza del campesino —que se daba por sentada—, sino su ineptitud para resolver algo tan sencillo como el modo de cruzar el riachuelo sin que la gallina se coma el maíz o el zorro a la gallina.

Más allá del desafío lógico, supongo que a los niños ese juego nos parecía insulso y aburrido porque nos decía muy poco. Éramos incapaces de verlo como un objeto arqueológico o el testimonio de un momento en el que buena parte de la cultura y la economía se forjó en torno a la gallina. En los cuentos infantiles y en las historias populares, dicen, es el animal que más se repite. Ni los perros, los gatos o las vacas se le acercan y los niños que jugábamos a resolver ese acertijo nos entreteníamos resaltando su poco realismo como una forma, imagino, de mirar en menos un modo de vida que nos resultaba profundamente extranjero.

Por la tarde intento terminar un ensayo, pero no tengo suerte. Camino en círculos por el departamento, reescribo un párrafo, pelo una mandarina, borro lo reescrito, me como la mandarina, leo en voz alta lo que llevo, cuento con los dedos cuántos días faltan para entregar el artículo e intento escribir una vez más. Tampoco hay mucho que hacer en estas ocasiones y solo para no irme a acostar con las manos vacías, me resigno a mirar en el disco duro en busca de otros archivos a medio escribir —quizás con alguno tenga suerte, pienso— y tras un par de pasos en falso termino en este gallinero, pero ya es muy tarde y no quedan gallinas despiertas.

Gary Medel le pone huevos, dice el relator del partido, e inmediatamente, sin que exista otra posibilidad —como si las metáforas ya no valieran—, pienso en las gallinas de la vecina.

Hay una foto hermosa que recorté hace años y, por más que me haya mudado una y otra vez, sigue pegada en la pared de mi escritorio: Chantal Akerman ríe frente a la cámara, debe tener poco más de veinte años, los dientes separados y sostiene un cigarro con la misma mano con que apoya su cabeza. La imagen es de una belleza aterradora y hasta valiente. Yo colecciono sus películas como otros coleccionan las revistas *Artforum* y ayer un amigo que no veía hace mucho tiempo me prestó una difícil de encontrar y no me quedó otra opción que poner el DVD en el computador y apretar *play*.

Se llamaba *Allá* y estaba filmada casi por completo dentro de un departamento en Tel Aviv. En realidad, era un conjunto de tomas desde las distintas ventanas del lugar, muchas veces sin correr las cortinas. A ratos enfocaba las paredes o los muebles de la cocina, y se la escuchaba hablando por teléfono con su madre, dándole excusas de por qué no visitaba a no sé qué tía, o cualquiera de esas cosas que les dicen los hijos a las madres cuando se las quieren quitar de encima. Era una película sin actores, una serie de

tomas acechantes, como quien espía a sus vecinos con cuidado, sin querer ser descubierto. Y así pasaba la hora y media: la voz de Akerman hablaba de su relación con Israel, de sus tías que escaparon de la guerra y llegaron a esa ciudad, mostrando de paso la vida cotidiana de un barrio que al parecer estaba cerca de la playa, porque desde una de las ventanas, y entremedio de los edificios, se veía el Mediterráneo, al que de pronto va a dar un breve y confuso paseo.

La madre de Akerman, Nelly, era una polaca que a diferencia de sus padres sobrevivió a Auschwitz y luego se mudó a Bruselas, y allí, años más tarde, se convertiría en la madre de Chantal, una directora de películas que suelen dar vueltas sobre la vida cotidiana o la biografía. En *News from Home*, de mediados de los años setenta, una voz en *off* lee las cartas que Nelly le enviaba a su hija durante el tiempo que ella pasó en Nueva York. Por mientras, la cámara se queda quieta y muestra las caóticas y salvajes calles de Manhattan o Queens que Chantal solía recorrer durante esos años. *No Home Movie*, su última película, retrata precisamente a Nelly en su departamento en Bruselas y la filma con una cámara casera que deja quieta durante mucho rato, aparentemente sin que ella se dé cuenta. Las tomas se vuelven insoportables, no sabría decir si por la lentitud con que avanzaban o por ese aire a muerte, medio dulce y medio encerrado, que imagino parecido al de la naftalina.

Casi al final de *Allá*, un poco aturdido por el sueño o el aburrimiento, me levanté de la silla para estirar las piernas y las vi. Las gallinas —o mejor: la ventana que miraba a las gallinas— eran la copia en negativo de la película de Akerman que, por cierto, se había matado en París recién hacía dos o tres semanas. Así como Tel Aviv para ella eran sus vecinos desconocidos y esos edificios de ladrillos, para mí Santiago se iba transformando en esas gallinas que cacareaban allá abajo, en el patio de una vecina que ni siquiera podría reconocer si me la cruzara en la calle.

Leo un libro y en un momento, la narradora cuenta que si alguien hace un círculo en torno a una gallina, aunque solo sea marcando la tierra con el pie, ella no sale. Se queda ahí, atrapada dentro de esa línea tan imaginaria, a fin de cuentas, como cualquier frontera.

Hace unos días un loco entró a la jaula de los leones que está en el zoológico: saltó una reja, otra, se quitó la ropa y, tal como un Adán recién expulsado del paraíso, apareció en medio de los animales. Al final el tipo sobrevivió y mataron a dos de los leones solo para confirmar lo absurdo de sitios como ese.

Aparecidos a mediados del siglo XIX, los zoológicos eran una constatación del ánimo científico e ilustrado, de la voluntad de categorizarlo y entenderlo todo, pero a estas alturas son espacios marginales, tristes, ajenos al tiempo: el simulacro de una vida extinta. E incluso si aún existen restos de ese mundo salvaje y peligroso, que de seguro está en alguna parte, los zoológicos son todavía más inútiles, pues es posible acceder a ellos a través de documentales o contratando un safari por el sur de África que hasta se podría pagar en cuotas.

Y así, mirando las noticias en internet, no puedo evitar preguntarme por el gallinero de la vecina. Supongo que lo suyo —¿lo nuestro?— media entre el simulacro de la vida en el campo y la posibilidad de habitar la ciudad de un modo personal y opinable. Lo salvaje como una militancia privada. O mucho mejor: la vida rural como un exilio interno y discreto.

En el gallinero de esa casa cualquiera no hay una gota de ánimo científico, me digo. Es pura melancolía.

Decía Walter Benjamin que cuando las prostitutas comenzaron a llamarse trabajadoras sexuales, el trabajo se convirtió en prostitución. El asunto resulta cierto no tanto porque una proposición sea consecuencia de la otra, sino por

la sincronía de ambas. Llegado un momento, el mundo cambió. Y llegado otro, todo cambió aún más. De cualquier modo, las transformaciones no fueron iguales. El salto de la pluma al teclado para los escritores supuso un cambio menor, ni comparable, por decir algo, a la revolución del sexo por webcam para las prostitutas. De hecho, las condiciones materiales son tan distintas, que uno se podría preguntar si las mujeres que tienen sexo a distancia, frente a las pantallas de sus laptops, realmente son prostitutas. El cambio tampoco fue brusco, todo sea dicho. Antes estuvo el sexo telefónico, pero en términos generales gracias a la tecnología el negocio se parece muy poco (y a la vez mucho) al de antes.

Las artes visuales, perdonando la asociación, también han visto cambiar sus procedimientos y sus técnicas. Entre los talleres de Rembrandt en Jodenbreestraat 4, llenos de aplicados ayudantes que olían a ácido clorhídrico y clorato de potasa, y una foto de Ai Weiwei frente al Palacio Imperial chino levantando alegremente su dedo del medio, hay un abismo tan grande que en realidad parece un mar. De hecho, ambos ejemplos suponen ya disciplinas distintas. Según qué soporte, qué tipo de arte: instalación, pintura, fotografía y así con una larga lista.

Con la literatura sucede otra cosa. Da igual el medio en que se escriba porque el resultado es el mismo: literatura, ni modo. Una palabra seguida de otra. De todas formas, escribir con un lápiz o una lapicera no se parece a escribir en un teclado, tal como escribir en el computador de la casa no se parece a escribir en el computador de la oficina. Tiene que existir, me digo, una diferencia. Proust no podría haber escrito *En busca del tiempo perdido* sentado en una de esas sillas ergonómicas, tan grandes y feas, frente a la pantalla de un gigantesco Pentium III, muy bien afeitado, lejos del olor de sus sábanas y de ese abrigo que no se quitaba ni por error. Los poemas de Vicente Huidobro, o de cualquiera de los surrealistas franceses, resulta imposible imaginarlos en Word, inevitablemente subrayados con una

ondulante línea roja. Los ensayos de Wayne Koestenbaum no podrían salir de una vieja Underwood N° 5 y *La novela luminosa*, de Mario Levrero, en cambio, solo podría haber sido escrita en una copia pirata de Windows 95.

Pese a que siga siendo literatura, las condiciones materiales de la escritura se filtran, o al menos gotean como una cañería rota, en el ánimo de un texto.

No sé si era necesario dar un rodeo tan grande, pero quería decir que el cacareo dulce y gutural de las gallinas, casi sin querer, se cuela en todo lo que escribo.

En el pasillo del supermercado, entremedio de miles de etiquetas de colores, caí en cuenta de que la gallina —el pollo, en realidad— de repente dejó de ser un animal doméstico. Durante siglos tuvo un estatuto funcional —tal como el gato, que alejaba a los ratones; el perro, que alejaba a los ladrones; los niños, que ahorran mano de obra— y cercano a las familias. Era un animal relativamente cotidiano —mi abuela tenía gallinas; mi suegra también— y apenas se industrializaron los huevos y las presas de pollo —tal como en una comedia, ahora mismo, a través de la ventana y desde el piso de abajo, entra olor a pollo arvejado—, esas aves dejaron de ser funcionales y terminaron entre las rejas y luego —ya sin plumas, sin sangre, sin sus ojos negros y fijos, sin los gritos matutinos— en los pasillos de un supermercado. Los gallineros, además, requieren espacio, dedicación y cierta vocación por la inutilidad que resulta extranjera en una ciudad como esta.

La gallina, para resumir lo que pensaba mientras arrastraba el carro del supermercado, fue el primer exiliado de los animales domésticos.

Desde hace una semana trabajo fuera de la casa, en una oficina sin luz natural. Es un espacio artificial y poco fértil. Como si no bastara con eso, tiene todas las comodidades que permiten controlar a los trabajadores: la puerta es un gran vidrio que deja todo a la vista, la climatización se controla a

distancia, sobre mi cabeza hay una luz amarillenta que no distingue entre el día y la noche, entre la depresión y la alegría, y entre tantas otras cosas. Muebles cafés, para más señas. A espacio estandarizado, trabajo estandarizado. Y ahí, mientras ordenaba un par de libros y calentaba el agua para un té, me acordé de esas otras gallinas que trabajan encerradas, bajo luces que les modifican el sueño, hacinadas en corrales, controladas a distancia por un software programado en alguna ciudad de la India, con el pecho y las patas deformes, incapaces de caminar o de cacarear como corresponde.

    Mi trabajo son sus huevos, colegas.

En realidad, mirar a las gallinas y sus paseos caprichosos se parece bastante a pasar la noche frente a una fogata, medio encandilado por el fuego, a la espera de que algo misterioso se revele.

Mientras anotaba lo de recién, con ese ligero optimismo que aparece cuando uno escribe muy rápido, embriagado por una idea que se le acaba de cruzar por la cabeza, una de las gallinas agarró con el pico algo que parecía un pedazo de pan, corrió por el patio y lo atravesó a toda velocidad como en una película muda. No había dignidad en su carrera, solo movimientos torpes y atolondrados. De pronto, otra salió persiguiéndola y antes de saber quién iba a ganar, todo el gallinero cacareó muy fuerte y otra más apareció de la nada para robar el botín. Volaron plumas, el pan se hizo trizas y lo que parecía una comedia en blanco y negro, con un guion bien escrito e ingenioso, se transformó en una cinta de esas en donde todo explota.

Si tuviera que apostar, diría veinticinco.

Hoy, después de varios años y por culpa de mis vecinas, volví a leer «La gallina degollada», el cuento de Horacio Quiroga. Recuerdo que en quinto

básico, cuando lo tuve que leer por primera vez, me pareció terrorífico y perturbador. Ahora que lo miro con distancia, supongo que el horror no estaba ni en las gallinas muertas ni en los litros de sangre ni en la posibilidad de que un niño como nosotros fuera un asesino —tal vez ni en los machetazos con que, hacia el final del relato, matan a la niña—, sino en la mirada vacía de los hermanos tontos. En esos ojos opacos que no dicen nada, incapaces de comunicar, de comprender, como si la de ellos fuera una mirada salvaje y no humana.

En el patio donde está el gallinero no hay niños ni adultos. Solo la señora que de vez en cuando abre la puerta trasera, arrastra los pies y les tira comida con la naturalidad de los gestos aprendidos de memoria. Luego se da la media vuelta y cierra esa puerta como un músico seguro de que pronto regresará por el *bis*.

A estas alturas, la primavera está disfrazada de verano. Gracias al calor y a esa luz amarillenta de Santiago, la ciudad abandona un rato su vocación gris y autoritaria —es un espejismo, lo sigue siendo— y un montón de gente toma la bici para ir al trabajo y hasta la señora de la panadería sonríe al dar el vuelto. Así, todo cambiaba. De hecho, después de almuerzo trabajaba en mi escritorio y tras semanas o meses sin hacerlo —estaba tan acostumbrado a los cacareos que ya ni los escuchaba; se habían vuelto invisibles, tal como el ruido blanco de las carreteras—, me asomé y descubrí una docena de pollos que caminaban atolondradamente junto a dos gallinas. Eran chicos, torpes y estaban cubiertos de pelusas leves y de un color indefinido. Al poco rato me levanté y abrí la ventana para verlos mejor y, de un segundo a otro, la pieza se llenó de ese aire tibio de primavera.

Hace meses no estaban, ahora sí.

Es una constatación medio bruta: el final del invierno termina con muchas

cosas y deja que nazcan otras: aparecen los pollos, brotan de nuevo las ramas del limonero, más palomas llegan a robar comida, los tiuques vuelan como si se les acabara el aire, y de a poco el gallinero de la vecina se llena otra vez de vida. Lo que quería decir, en todo caso, es que ahora que los árboles florecen, cada vez veo menos a las gallinas porque el limonero y los arbustos, tan frondosos, las esconden. Ya apenas me entretengo mirando al gallo grande o al gato rubio que duerme la siesta entremedio de ellos. En un par de semanas solo me quedarán los cacareos primaverales que escaparán de entre las ramas para recordarme, tal como decía Coriolano, que hay un mundo en otra parte.

Cuando la mañana está muy silenciosa, tanto que genera sospecha, estiro el cuello para ver si está todo en orden. Y hay más de una, en silencio, yendo de un lado a otro.

Miro hacia atrás y ya no recuerdo cómo llegué acá —a esta ciudad, a este departamento, a este año infame—, pero las gallinas han sido bastante más que un decorado. Y como si fuera un mensaje subrepticio o una metáfora irónica, en la radio del taxi que tomé en la mañana decían que el año nuevo chino, que comienza en unos días, inaugura la temporada del gallo y, con las manos en la cintura, a media tarde, listo para salir a una reunión con mi mejor chaqueta, miro al gallo de la vecina ir de un lado a otro ajeno a cualquier variación astrológica y a la buena suerte que tiene por delante.

## AH, LA ILUSTRACIÓN

Arriba, encaramada como la estrella fugaz del árbol de pascua, estaba la licuadora. Abajo, la tele. Yo atravesaba el estacionamiento subterráneo como un equilibrista iluminado por la luz blanca y fría de los tubos fluorescentes, cuando recordé que a mediados de los años ochenta existía un concurso, de esos que precisamente daban en la tele, en que alguien debía adivinar cuánta gente cabía dentro de un Fiat 600. Tampoco era gran cosa porque en ese tiempo había un concurso para casi todo: buscar pareja, cantar afinado, correr por los pasillos del supermercado echando cosas caras dentro del carro, adivinar cual de todas las piernas era la de tu pareja, cantar desafinado, incluso algunos hasta regalaban una casa por juntar envases de leche.

La tele, dicho sea de paso, la llevaba para verla, que para eso la usa la gente. A veces siento la necesidad de explicar esto último: por qué veo tele o, peor, por qué la miro durante las vacaciones. Son cosas que necesitan explicaciones porque el resto del mundo, me parece, dice no entenderlas o mira con cara de espanto, como si mi deber fuera nadar en un río o quedarme echado bajo un sol inclemente. El arte contemporáneo, en todo caso, se trata de lo mismo (y nadie mira mal a los que pasan las tardes en una galería, yendo de un cuadro a otro): se paran frente a una obra y la contemplan durante un rato, muy quietos, para tratar de entender el mundo (aunque a primera vista no se entienda nada). Además, cuando veo tele suelo tener el control remoto en la mano como quien lleva una de esas audioguías que reparten en los museos —y que nunca uso porque en general hay que pagarlas y no me gusta pagar por nada— y me enfrento a la pantalla con

seguridad, con poder, como quien, por decir algo, entiende de arte contemporáneo, o, al menos, tiene un par de libros de Hans Ulrich Obrist en la mesita del living. Y lo de la licuadora, ya que estamos en esto, es porque tomar jugos de frutilla durante las vacaciones me parece un panorama ideal, sobre todo si consideramos que iba al sur, donde abundan las frutillas o las moras e incluso los arándanos.

Dejé la tele y la licuadora en la maleta, di dos pasos hacia atrás y vi en perspectiva cómo los libros, la manguera, las sábanas, las dos cajas con comida no perecible, la maleta con ropa, la bolsa del supermercado —en la que guardé el detergente, el jabón y el matamoscas—, las paletas de playa, la hamaca, y ahora la tele y la licuadora, cabían de lo más bien en el auto.

El maletero del Peugeot 308 me aceptaba con amor y resignación, acaso como la mismísima Virgen María, y me ofrecía otro espacio, uno más. Supongo que por eso recordé la competencia televisiva en que la gente se achicharraba dentro del auto hasta alcanzar números ridículos. Veinte, doce, treinta y dos. ¿Cuántas personas caben en un auto? ¿Muchas? ¿A qué llamamos mucho? Luego me limpié las manos en los pantalones y volví al piso ocho en busca del tostador, porque qué es la vida, me dije allá abajo, sin pan tostado al desayuno.

Un tostador de esos viejos, por supuesto, planos y de lata, que se ponen sobre el quemador de una cocina a gas para que el pan se tueste de a poco, lentamente, primero por los bordes, soltando un ligero olor a madera, y luego sea hora de ponerlo en un plato y echarle algo. Yo diría mantequilla, pero el mundo es grande y largo y habrá quien prefiera otra cosa y no vendré a contradecir a nadie.

Una vez de vuelta en el departamento, listo para bajar con el tostador, me pregunté qué pasaría si la cabaña que había arrendado a través de una página de internet tenía una cocinilla eléctrica. ¿Me comería el pan sin tostar? ¿Pondría la marraqueta directamente sobre el quemador eléctrico? Suponía

que en el sur no habían muchas cocinillas de ese tipo —allá, juraría, no hay mucho de nada—, pero como hace tiempo que no iba, no valía la pena arriesgarse, sobre todo si el costo era el pan frío. Así que di vuelta el tostador eléctrico sobre el lavaplatos y vi cómo caían pequeñas costras de pan y migas calcinadas —la arqueología de años tomando desayuno— y bajé otra vez al piso menos uno.

El maletero estaba ahí: abierto y generoso. Quedaba espacio, ni hace falta aclararlo, para los dos tostadores.

Qué alegría haber comprado un auto francés —me dije en ese momento—, a fin de cuentas para eso sirven los franceses: para ir de precavidos por la vida, para combatir la barbarie, para ordenar y clasificar, para iluminar el sur con el poder de la razón, para no temerle al futuro, qué va: para sostener desde las canillas a la civilización.

Luego di dos pasos hacia atrás y comprobé que quedaba espacio para una radio a pilas y un ventilador.

## DOS O TRES APUNTES SOBRE EL MAOÍSMO

Eché el humo hacia el techo y pensé en Mao. Fue lo primero que se le vino a la cabeza: la sonrisa generosa del Gran Líder, una mano en alto saludando al horizonte, la gorra verde y la estrella roja. La asociación podría resultar curiosa, mal que mal acababa de quemar con el cigarro un cubrecama floreado que no era suyo y estaba en pelotas junto a una mujer que tampoco le pertenecía, pero la propiedad privada lo traía sin cuidado. En parte, aunque solo en parte, por eso pensé en Mao. Luego soltó de golpe el humo y vio cómo subía despacito hacia el techo.

Una de las máximas del *Libro Rojo*, que hace muchos años Sandoval encontró en la biblioteca de su padre, decía: «No dar ninguna batalla sin preparación, ni dar ninguna batalla sin tener la seguridad de ganarla; hacer todos los esfuerzos para estar bien preparados para cada batalla, hacer todo lo posible para que la correlación existente entre las condiciones del enemigo y las nuestras nos asegure la victoria». No es que Mao Zedong fuera un esteta y un prosista refinado, pero la idea encantaba a Sandoval en parte por su sencillez y en parte por su sabiduría. De hecho, alguna vez recortó a pulso esa hoja y la pegó con cinta adhesiva frente al escritorio en el que hacía las tareas del colegio, justo a la altura de los ojos, y mucho más tarde, cuando el mismo pedazo de papel estaba un poco amarillento y arrugado, lo puso en la esquina de un tablero de corcho que colgaba en su oficina y que yo miré intrigado tantas veces.

Supongo que Sandoval analizó la correlación de fuerzas y, solo después de bastantes apuntes y observaciones, supo que si atacaba terminaría echado en

esa cama, fumando despreocupadamente mientras ella le daba la espalda y se dormía. Esas bocanadas de humo, sin embargo, subían así, medio temblorosas, porque pese a los planes y al entrenamiento, pese a lo muy preparado que creía estar, se descubría embrujado de pies a cabeza. O mejor: se sabía encandilado con los pies y la cabeza de ella, y con todo lo que había entremedio. O incluso dentro.

Al menos para él, La Lanzadora fue una revolución.

La conoció gracias a una bomba y, tal vez por lo mismo, estaban condenados a terminar explotando. El mundo está lleno de malas comparaciones, así que no me echen la culpa. Fue una bomba molotov, en todo caso. Hecha a la rápida con una botella de Malta Morenita, un chorro de parafina y un paño de cocina metido a la fuerza. Ella estaba en la esquina de la Alameda con Brasil y lanzaba con clase e incluso con cierta elegancia. Eran cosas que últimamente Sandoval veía solo por ESPN. Había algo profesional en el movimiento de su cintura, en el modo en que su hombro apuntaba directo hacia un blanco —que era verde— y luego estiraba el brazo. O en cómo de pronto abría la mano y la bomba salía disparada como un cohete con propulsión a chorro, casi con vida propia. Tiene una coordinación de gimnasta, pensó la primera vez que la vio. Y en algún sentido la observación era justa: tiraba las bombas como si estuviera en medio de un estadio, rodeada de jueces con una mirada severa, y luego, cuando la botella iba en el aire, directo hacia la cuca de los carabineros, ya dejaba de ser suya, tal como en algún momento sucede con los hijos o los libros.

Lo de La Lanzadora, bien visto, era una nueva disciplina olímpica.

Esa primera vez, ella llevaba la cabeza cubierta con una polera amarilla que, a ojos de Sandoval, parecía una aureola reluciente, que de paso contrastaba de un modo sobrenatural con el humo y los gritos alocados que abundaban en la calle. Por detrás se le escapaban unas mechass largas y

negras, eso sí, que caían más abajo de sus hombros, pero apenas podría decir algo más.

En realidad, Sandoval solo recordaba el gesto, y la botella, y la llama, y la explosión.

Esa semana de junio estuvo llena de marchas y pequeñas protestas en las que él se sentía viejo y un poco cansado para estar en la primera o en la segunda línea. Hace un montón de años, cuando todavía era joven, sí que quería salir a la calle y protagonizar una revolución ambiciosa que le diera una vida mejor, e incluso más justa, a mucha gente. Salió a marchar por la Alameda, por Vicuña Mackenna, viajó a Concepción a liderar un movimiento que meses después terminó dividido en mil grupos pequeños, compró un revólver muy chico que apenas se atrevió a usar, asistió a más marchas, escribió en diarios que ya no existen, organizó reuniones clandestinas, intentó escribir un tratado político que a la larga se transformó en una tesis doctoral, opinó en radios, en diarios que nadie leía, llegados los años noventa tuvo un puesto político de segundo orden y, a mediados de 2011, se contentaba con enseñar Fundamentos de la política I y Fundamentos de la política II en una universidad privada. En clases siempre mantenía un brazo en alto con un libro abierto, sin siquiera soltarlo por un minuto, y leía un párrafo por aquí y otro por allá. Así repasaba las obras —o su versión de las obras— de Marx, Gramsci, Negri, Žižek, Hazan y, de ser posible, con un poco de suerte, una vez finalizado el curso, cuando ya florecían los árboles y el verano estaba en la esquina, se iba a la cama con alguna de esas jóvenes revolucionarias con las que venía saliendo desde que él mismo era un alumno chascón y algo confundido.

Ese invierno Sandoval miraba las protestas con algo de distancia, convencido de que en realidad era un antropólogo o un politólogo responsable que veía, en vivo y en directo, su objeto de estudio. Cada un par de días le bajaba una melancolía peligrosa y se acercaba algunos metros, pero

al rato ya intuía que nada nuevo pasaría, que todo sería igual que tantas otras veces y que la vida a los sesenta y tres años esconde pocas sorpresas.

Sin embargo, las cosas cambiaron cuando se la encontró por segunda vez.

Tuvo que esperar a que la marcha se deshiciera en varios grupos y a que aparecieran dos o tres encapuchados junto con los periodistas que, en ese momento, ensayaban los despachos para el noticiero de la noche. Entonces la vio: llevaba una polera de Hello Kitty amarrada en la cabeza y, tal como hacía unas semanas, tiraba bombas molotov con una gracia apabullante.

A falta de una mejor idea, prendió un cigarro y la miró desde la cuadra de enfrente con los ojos bien abiertos, sin creérselo del todo: le parecía hermosa, pero en un sentido clásico. Y por clásico quería decir atemporal, me dijo una de las tantas noches en que conversamos por Skype. Después de esa frase hizo una pausa larga, tal vez tragó saliva, y continuó hablando con la complicidad incómoda de los maestros que se confiesan ante los discípulos: que era como las partisanas de la Comuna de París, que tenía la sonrisa generosa de Rosa Parks, que preparaba sus bombas con la misma serenidad con que Celia Sánchez se echaba el fusil al hombro. De esa vez recordaba bastantes más detalles: las mismas mechas negras de la semana anterior bajaban por su cuello, pero ahora comprobaba que era baja y delgada y tenía un culo que, al menos desde la esquina donde miraba, le pareció de lo más prometedor.

La rutina de La Lanzadora era sencilla: desaparecía dos o tres minutos tras un quiosco cerrado y lleno de grafitis, abría una mochila que estaba en el piso, tomaba un encendedor, prendía la mecha y caminaba lento, acaso tomando aire, dejando la mente en blanco o pensando en lo que sea que piensan los deportistas cuando salen a la pista olímpica. Caminaba por la Alameda en cámara lenta, dando un paso tras otro, mientras la llama avanzaba muy rápido, a una velocidad que a Sandoval lo ponía nervioso y que contrastaba con la serenidad de la muchacha. Pero de repente, y como si

ahora la ciudad se congelara, sus pasos se hacían cada vez más rápidos y, casi sin que él se diera cuenta, La Lanzadora ya corría en línea recta y, segundos después, la botella reventaba sobre su blanco, sin que nadie lo viera venir, tal como una chita le clava los colmillos a un antílope, así, de sopetón.

Sandoval no tuvo un entrenamiento real. Jamás se tiró de punta y codo sobre el barro de la sierra cubana con un uniforme camuflado, nunca entrenó para soportar largas noches de tortura y en su vida apenas había disparado otra cosa que no fuera su pequeño revólver. Esto último fue en un bosque, todo sea dicho, muy cerca de una cabaña que arrendó cuando sus padres aún estaban vivos y en la que se dedicó a ver películas francesas en VHS. Sin embargo, leyó lo que tenía que leer y memorizó lo que tenía que memorizar y, a su edad, sabía montones sobre historia y técnicas de guerrilla urbana. Tal vez por eso no se sorprendió cuando esa tarde la siguió por las calles del centro de Santiago. Apenas terminó la protesta, ella y sus dos escuderos caminaron varias cuadras todavía agitados y con la cabeza envuelta en poleras. Vistos con distancia, pensaba Sandoval, más que cualquier otra cosa parecían una tribu de bereberes perdida en la Alameda con Concha y Toro.

Él fumaba con seriedad, echándose en los pulmones cuanto humo podía, y avanzaba con cuidado por Santo Domingo, General Brayer o Gonzalo Bulnes. Los seguía de lejos y a ratos fingía hacer la cola para comprar un diario o abrocharse los zapatos, hasta que después de casi una hora los tres muchachos —los lanzadores, decía Sandoval para sí mismo—, que ya iban a rostro descubierto, doblaron de súbito en una esquina y entraron a un bar en Quinta Normal. Robespierre, se llamaba.

Le divertía la idea de jugar al espía —como si su vida fuera una película de postguerra, de esas en blanco y negro, o como si solo por una tarde viajara en el tiempo y volviera a ser un joven luchando contra fuerzas grandes y despiadadas— y seguir a esa muchacha que, a cien o doscientos metros de

distancia, en nada se parecía a los prejuicios —sobre los adolescentes, sobre la transición, sobre las segundas oportunidades— que venía cultivando durante tanto tiempo. Ya lo decía Mao: «Los cambios que se producen en la sociedad se deben principalmente al desarrollo de sus contradicciones internas, es decir, entre lo viejo y lo nuevo. Es el desarrollo de estas contradicciones lo que hace avanzar la sociedad». Casi no hace falta agregar algo más. Durante los años que llevaba enseñando en la universidad, a Sandoval le parecía un hecho incontestable y científicamente medible que la política cada vez importaba menos y que el pensamiento radical, por decirlo de algún modo, la filosofía de izquierdas que él leía en voz alta en cada una de sus clases, mientras caminaba de un lado a otro de la sala, se parecía a una de esas canciones folclóricas de las que todos conocen dos o tres versos del coro, pero que en realidad nadie podría cantar de memoria.

La Lanzadora era la confirmación empírica de lo equivocado que estaba. Ella no era más que su contradicción, pues demostraba que los nacidos en los años noventa no eran como él creía, que las apariencias otra vez lo engañaban —ya le había sucedido antes, pero no me detendré en esa historia. Así que se arregló su barba canosa y revuelta, prendió otro cigarro y se acercó a la barra con la seguridad que entregan los años. Pidió un vaso del único whisky que vendían en el local, dos hielos, y a los quince minutos se pilló hablando con La Lanzadora entre risas ligeras, anécdotas medio falsas o medio verdaderas, y cuentos chinos que llevaba décadas ensayando.

A Sandoval le gustaba hablar en público. La adrenalina le subía muy rápido hasta la cabeza y esa sensación lo llenaba de una vitalidad y un cosquilleo alegre que echaba de menos cuando volvía a su casa después de clases y, mucho más, cuando salía de vacaciones. Así que no se sorprendió cuando minutos después era el único que hablaba —con seguridad, con convicción, con la teatralidad de quienes hacen de hablar una profesión— en una mesa con revolucionarios que aún tenían espinillas y empinaban botellas

de cerveza mientras lo miraban en silencio. Que Bakunin era un perdido de la vida. Que Engels era el prototipo del amigo perfecto, del infiltrado ideal. Que Marmaduke Grove era el padre al que pocos se atrevían a mirar a los ojos. Que la educación, sin dudar, era más importante que el Estado. Sobre esas y otro montón de cosas les habló durante la noche, casi sin respirar, demostrándoles quién era. O de qué estaba hecho. Y cuando se hizo tarde —o más bien cuando intuyó que era hora de retirarse— les preguntó por qué no pasaban a una de sus clases, que por coincidencia durante esas semanas estaría hablando de la historia del anarquismo en Chile. Que el asunto venía muy a cuento con las protestas y ese ambiente de cambio que se respiraba en todas partes. Eso último lo dijo mirando fijamente a La Lanzadora, que sonreía desde su silla, mostrando los dientes y sin decir una palabra.

Lo del curso sobre el anarquismo era mentira, pero no le costaría nada cambiar la planificación, en parte porque apenas tenía una. Sandoval en sus clases hablaba de lo que se le venía en gana y esa vez no hizo una excepción. Además, daba por descontado que ella no aparecería, que todo había quedado en un limbo de promesas incumplidas —que para eso eran promesas—, pero uno de los martes de ese invierno, a las tres de la tarde en punto, cuando caminaba hacia la sala de clases bajo las luces de un pasillo mal iluminado, pasando entremedio de un montón de muchachos barbudos y sudorosos, confirmó que el mundo ya no era el mismo. Que con ella otra vez se equivocaba. Pestañeó varias veces antes de entrar a la sala, revisó su maletín con calma, saludó a un par de alumnos e hizo todo lo que se le vino a la cabeza con tal de fingir que no la había visto.

El asunto resultó bien. De otro modo, no se explica cómo fue que esa tarde ella le dijo que se llamaba Nancy, que pololeaba desde hacía varios años con uno de los aspirantes a guerrilleros con los que salía a tirar bombas —le dijo el nombre, por supuesto, incluso lo pronunció con cariño, pero él fue incapaz

de recordarlo— y que estudiaba para ser técnico dental. Mucho menos se explicaría cómo fue que le dijo todo eso enrollada en las sábanas de una cama de plaza y media, en una pieza enana que quedaba en el barrio Brasil y a la que llegaron después de tomar tres cervezas y subir, tomados de la mano, por una escalera de caracol oscura y tambaleante. Cuando se lo dijo cada uno fumaba un cigarro sobre las sábanas floreadas que él tuvo el descuido de quemar. Le pidió disculpas y pensó en comprarle un juego nuevo y así volver a verla. No era una mala idea, aunque si algo sabía Sandoval es que las parejas estables y los juegos de sábanas tenían muy poco de revolucionarios. De hecho, se contentaba solo con quitarle una vez más los jeans o, por último, con mirar cómo ella lo hacía.

Al poco rato La Lanzadora le dio la espalda y se durmió. Todavía no eran las siete de la tarde, pero afuera estaba muy oscuro y él no quería pasar la noche en una cama ajena. Se quedó mirando cómo la columna de ella, que parecía una serpiente, nacía en su culo redondo y subía hasta perderse bajo su pelo largo y negro. Para él las pieles y los cuerpos jóvenes escondían un misterio curioso. Acaso sus únicos arrebatos místicos tenían que ver con esas mujeres que apenas eran mujeres, y que al desnudarse le enrostraban que el paso del tiempo es inmisericorde y que incluso sus cuerpos tan nuevos y brillantes, incluso fuertes, desaparecerán tal como el suyo. Que de acá se van todos muertos. Quizás fumó tres o cuatro cigarros, hojeó con pocas ganas el libro de Jamie Oliver que ella tenía sobre el velador, y una hora más tarde echó de menos el par de viágrafos que escondía en el botiquín de su departamento. Sin ser demasiado optimista intuía que tal vez no los necesitaría, pero ya era tarde y no tenía ganas de experimentar.

Después se vistió y salió a la calle a buscar un taxi.

Durante ese invierno La Lanzadora no faltó a ninguna marcha y, como si lo suyo fuera lograr el dominio de un arte antiguo, pasaba de la cama del joven

combatiente a la del maestro jubilado. Sandoval la recibía por las noches en su departamento, con una sonrisa un poco exagerada que no hacía más que poner en evidencia sus ganas e incluso una ansiedad de la que no tenía recuerdo. Siempre aparecía de improviso —más de alguna vez él la intentó llamar, pero nunca contestó—, a veces muy sudada y todavía con los ojos rojos y llorosos por culpa de los gases lacrimógenos o sencillamente con una indiferencia elegante y extraña que nada tenía que ver con las protestas y la política. Ella lo saludaba con un monosílabo, o a veces levantando un poco las cejas, y acto seguido entraba muy campante al departamento que Sandoval tenía, desde hace ya varios años, cerca del Parque Forestal. Eran tres ambientes con pocos muebles y muchos libros viejos donde ella parecía sentirse de lo más cómoda. A él le llamaba la atención que nunca dijera una palabra sobre esos libros —casi todos los que entraban lo hacían: ¿los has leídos todos?, preguntaban, solo una vez, respondía él, como en una rutina aprendida de memoria— ni que se acercara a sus dos grabados de Nemesio Antúnez ni al cuadro tan grande de Roser Bru, que colgaba orgulloso sobre la cabecera de su comedor. Las visitas de La Lanzadora, en realidad, se limitaban a echarse sobre el sillón rojo y a decir cosas —tal vez para ocultar su inseguridad, o para probarse que ya no era una niña— que a Sandoval lo divertían.

Culíamos, decía muy convencida, y se sacaba el chaleco verde de lana y luego los calzones, todo de un modo bastante torpe, que más de una vez la llevó a dejarse los bototos puestos, y sobre ese sofá rojo, que a él siempre le pareció muy incómodo, abría sus piernas como dos grandes alamedas. O apenas entraba a su departamento y dejaba su mochila sobre la mesa del comedor, decía: ven, que te la chupo. A él esas cosas le hacían gracia, aunque se sentía obligado a preguntarle si antes no quería un whisky, un café o por último ir a comer algo a esos bares que estaban cerca de su departamento, nada muy sofisticado, por supuesto, quizás un plato de ravioles o camarones

para picar junto a un vino blanco, pero ella se mantenía fiel a su papel de joven revolucionaria.

Durante esos meses, Sandoval miraba a sus alumnas, que siempre estaban muy cansadas, echadas sobre sus pupitres de madera, y se preguntaba si alguna de ellas —una sola— tendría un cuarto de la vitalidad de La Lanzadora. O si se quedarían hasta el final de las marchas para enfrentar a la policía, o si al menos una o dos sospecharían que la filosofía, tal como decía Wittgenstein, en realidad se hacía en la calle, lejos de burócratas como él mismo. O mientras caminaba de un lado a otro de la sala de clases con un libro de Badiou en la mano, frente a esos treinta ojos desgastados que lo miraban con la esperanza de que se callara pronto y que de una vez por todas los enviara de vuelta a sus casas, se preguntaba si todos esos niños tirarían así de bien, si todos los jóvenes ahora eran valientes y comprometidos. Porque quizás eran todos iguales, se decía, y los años noventa no habían sido tiempo perdido.

Pero Sandoval nunca fue un optimista, ni siquiera cuando era muy joven, así que antes de terminar la clase, prometiendo continuar la semana siguiente con la política de Rancière, ya intuía que La Lanzadora era una excepción.

Y casi para darle toda la razón, ese fue un invierno breve. Pasó volando tan rápido como las buenas ideas, y ya para el comienzo de la primavera Sandoval se sentía otra vez joven. Sabía que las piernas morenas y delgadas de La Lanzadora, que a veces él recorría con la lengua, de arriba abajo, con la seriedad de un niño tomando un helado de frutillas, no durarían para siempre porque eso es lo que sucede, al menos en esta vida, con las cosas buenas y los helados. De todos modos, él creía estar preparado para cuando llegara el momento. Mientras tanto volvió a leer viejas novelas rusas, manuales de guerrilla urbana que tenía olvidados, creyó que otro mundo —ahora sí que sí— era posible, y que los viajes en el tiempo tenían más de voluntad que de

ciencia. Llamó por teléfono a viejos amigos de los que no sabía hace décadas, retomó antiguos apuntes para un libro sobre la actualidad de Rosa Luxemburgo, que estuvo escribiendo durante el cambio de siglo, por si el mundo se acababa de un día para otro, y en un arrebato de desesperación otra vez abrió Skype y, sin pensar en el cambio de hora, me llamó en medio de la noche para decirme con los ojos brillantes que con ella era una mejor persona.

Y puede que haya sido cierto.

Cuando llegó noviembre, sin embargo, La Lanzadora tocó la puerta de su departamento solo dos o tres veces y luego desapareció junto con las marchas y las protestas. El calor de finales de la primavera terminó por evaporar la fiebre política y en vista de que ella no aparecía, Sandoval se ausentó a una que otra de sus clases y se quedó en el departamento, atrincherado como un soldado, solo por si ella llegaba de sorpresa. Por esos mismos días fue a marchas menores o sencillamente a recorrer el centro en caminatas largas y absurdas, bajo el sol exagerado de comienzos de diciembre, en paseos que una y otra vez terminaban con sus manos en los bolsillos, caminando como un perro que conocía de memoria la ruta que llevaba hacia el Robespierre.

Pedía un whisky, por supuesto. Y mientras los hielos se derretían mucho más rápido que hace unos meses, él se quedaba mirando la puerta por la que, juraría, más temprano que tarde aparecería La Lanzadora. Al final se conformaba con pedir un segundo o un tercer vaso y, con los codos sobre la barra, veía con cara de zombi las noticias que daban por la tele. Pero a diferencia de lo que sucedía unos meses antes, las marchas y las protestas duraban solo un par de segundos y desaparecían tan rápido como sus ganas de terminar de una vez por todas el libro sobre Rosa Luxemburgo.

En un arrebato melodramático y algo desesperado se fue de vacaciones a Montevideo aun cuando no tenía ninguna gana de hacerlo. Le gustaba la tranquilidad de Santiago en verano y, por lo general, no se iba de vacaciones

a ningún sitio —en parte porque no tenía plata, en parte porque nada lo alegraba más que la rutina—, pero a mediados de enero, después de pasar una tarde echados sobre las sillas de playa que estaban en la puerta de un bar —tal como todos los veranos, yo andaba de visita y lo veía más que a mi familia y, ahora que lo pienso, tal vez cuento esto porque volver a Santiago sin él es como volver a una ciudad desconocida—, lo convencí de irse. Ya tenía el pelo más blanco y la barba tan descuidada que un cambio no podía ser peor que quedarse así, a pie pelado y con la camisa abierta hasta la mitad de la guata en una esquina de Monjitas, tomando la cuarta cerveza de la tarde en un bar popular entre treintañeros. Además, quizás lo mejor sería retirarse un momento, tal como decía Mao, pues «la retirada pertenece a la categoría de la defensa y es una continuación de esta, en tanto que la persecución es una continuación del ataque. Hay que señalar que la destrucción de las fuerzas enemigas es el objetivo primario de la guerra y la conservación de las fuerzas propias, el secundario».

Si se retiraba un tiempo a las calles de Montevideo, decía Sandoval, por alguna razón ella se daría cuenta y, por eso mismo, volvería buscando el triunfo, pues todos los revolucionarios quieren triunfar. En ese sentido son bastante conservadores, meditaba mientras compraba los pasajes frente a la pantalla de su computador. Durante los días previos a tomar el avión a veces se preguntaba qué podría hacer allá lejos, pero fue incapaz de adivinar que al final se dedicaría a comprar novelas policiales de segunda mano y a comer parrilladas exageradamente grandes, que lo aletargaban y le permitían dormir como no lo hacía desde que estaba casado con Delia, aunque esa es otra historia que no viene a cuento.

Después de dos semanas, Sandoval volvió. Apenas dejó la maleta junto a la puerta de su departamento tomó las cartas que estaban desparramadas en el piso, fue hasta el computador para revisar el correo electrónico de la universidad —siempre olvidaba la contraseña y le resultaba imposible

mirarlo fuera de la casa—, abrió las ventanas para quitar el olor a encierro y de repente entró un chiflón que hizo volar las cuentas y los folletos que acababa de dejar sobre la mesa del comedor. En ese momento me dijo que tal vez no supo interpretar a Mao y que La Lanzadora no volvería a buscar el triunfo precisamente porque ya había ganado. Que eso era todo. No era una mala idea, aseguró frente a los imanes del refrigerador como si se le acabara de revelar una verdad. Después de un rato bastante largo, con la mirada perdida en esas pequeñas figuritas con nombres e íconos de ciudades, me preguntó si el domingo sería un buen día para pedir sushi a domicilio o si a esas alturas de la semana el pescado estaría ya demasiado viejo.

## CUADERNO ADVERSATIVO

Estaba seguro de que ese era el camino correcto para llegar al italiano de confianza —insistí con que conocía muy bien la ciudad, que había vivido varios años en ella— e hice que todos me siguieran por una calle y por otra, hablando maravillas de los rigatoni o los cavatappi *alla puttanesca*, pero al final estaba perdido y nos contentamos con un par de waffles secos.

Ahora que lo pienso, la obsesión por el fin de la especie —el armagedón, el apocalipsis, el calentamiento global, blablablá— solo responde a un deseo atávico que se podría resumir así: voy a morir, sí, vale, muy bien, pero que se mueran todos.

Cuando era chico quería ser pintor porque pensaba que los artistas vivían en estudios grandes, bien iluminados, rodeados de manchas de colores y mujeres en pelotas, pero me hice escritor porque me pareció más fácil.

Tampoco es que sea tan fácil, pero al menos lo parece.

A todo esto: dicen que las apariencias engañan, pero si se insiste durante el tiempo necesario cualquiera se transforma en lo que aparenta.

Le decía que era por trabajo, que no quería —incluso fingí mi mejor voz de aburrimiento para repetirle que daría cualquier cosa por no tomar ese avión

—, pero en realidad quería irme lejos, viajar, desaparecer un par de días, y no me animaba a decir la verdad.

Yo la quise, pero ella no.

Llegué hasta la tienda a comprar esos pantalones que usa medio mundo, pero apenas me vi reflejado en el espejo, justo con otro tipo probándoselos allá atrás, me bajó una sensación de ridículo que debiera ser invisible a todas las modas.

La boleta dice que devuelven la plata en treinta días, pero es mentira.

Una vez tomé un tour por el Amazonas, pero al poco rato estaba arrepentido: me parecía una idiotez tener que seguir a alguien.

Mi empresa de turismo funcionará al revés: la gente pagará, pero para que la sigan.

Durante mi infancia tuve tres perros, pero quise solo a uno.

Hoy un niño con cara de perdido me preguntó dónde estaba la Universidad Central y sin pensarlo mucho le dije que caminara diez o doce cuadras en tal dirección, y apenas lo perdí de vista caí en cuenta de que el edificio estaba en otro lado, uno muy distinto, pero ya era tarde y durante el resto del día no me pude quitar la culpa de encima.

He estado dos veces en Brasil, pero no recuerdo nada.

Llegué temprano a la inauguración, pero me dio vergüenza entrar —había

poca gente e iban todos muy bien vestidos— y me dediqué a dar vueltas por Lastarria esperando a que pasara el tiempo.

El señor de la verdulería quiere saber qué me parecieron los tomates de la semana pasada, pero la pregunta me pilla de sorpresa y lo miro con la boca abierta, tal vez durante demasiado tiempo.

No quería —insistí durante semanas que era técnicamente imposible—, pero esta mañana cambié con un éxito rotundo la llave del lavaplatos.

Tuve muchas ideas y muy buenas, pero la adultez terminó con ellas.

Durante años pensé que apenas volviera a vivir en Santiago tomaría desayuno en los peques Nilo, e incluso me haría asiduo al local, pero luego llegué y me pareció que quedaba muy lejos y que tanta cebolla me daría acidez.

Tuve muchas ideas y muy buenas, ahora que lo pienso, pero la acidez también terminó con ellas.

No he leído sus libros, pero me parece muy linda.

Suelo tener tincadas, corazonadas o intuiciones —da igual cómo se llamen—, pero rara vez los tomo en cuenta.

Hay lugares a los que me gustaría viajar, pero nunca lo hago: Valdivia, Lima, el Cajón del Maipo.

El capitalismo en una escena: no necesitábamos el auto, vivíamos muy bien sin él —la ciudad era más chica y no podíamos comprar nada que pesara más

de diez kilos—, pero luego descubrimos otro mundo y ahora nos queda muy grande.

Hay mañanas en que siento una atracción irrefrenable y misteriosa hacia el budismo zen, pero se acaba a mediodía, cuando paso por afuera del templo y le hago el quite a tanta gente en paz consigo misma.

Siempre que miro la carta de una pizzería me siento tentado a pedir la margarita, que es como se debiera comer una pizza, pero apenas llega el mozo pido algo más elaborado solo para que no crea que soy avaro.

Me gustan las tardes que preceden a las noches de año nuevo, en las que por lo general se mezcla el optimismo y la resignación, pero no soporto las navidades ni las fiestas patrias, tan dadas a celebrar sus certezas.

Hice el curso para manejar en el verano de 1998, pero todavía no pido hora para dar el examen.

Tomen lo que quieran, pero traten de no mezclar.

Lo anterior funciona en los bares, sí, pero no en la vida.

Tampoco quiero alharaquear, pero cuando se fue el camión de la mudanza, el departamento vacío —sin los muebles y las cosas que juntamos durante tantos años— se parecía bastante a la muerte.

Es tan fácil hacer una tortilla de papas, pero en esta ciudad nadie se anima a freír con gracia, con personalidad, como un joven anarquista yendo al piquete.

Hace poco, en un disco de Nicolás Jaar, escuché una pieza adversativa superior: «Ya dijimos No, pero el Sí está en todo».

Yo me hubiera ido tranquilamente de ahí, más que satisfecho, si uno de los muchachos que atendía, un flaco vestido de negro, no me hubiera dicho al oído cuánto costaban; era menos de lo que hubiera imaginado, pero a la vez mucho.

En un momento se dio vuelta y me preguntó si subíamos a su departamento, y yo levanté los hombros, di un suspiro —no sé si imaginario o real— y le dije que prefería irme al hotel, que estaba cansado, pero visto con la sabiduría que entregan los años fui un imbécil y aún me arrepiento.

Puedo ver películas malas y muy malas —una, dos, seis; da igual—, pero con los libros duro veinte o treinta páginas y los abandono.

He estado en Japón, pero no en China.

Una noche asaltaron la tienda que estaba frente a nuestro departamento: tres o cuatro tipos llegaron en una camioneta grande, la estrellaron contra la vitrina y durante media hora la vaciaron entera, pero ni se me ocurrió llamar a la policía.

No quería, pero esta mañana compré una estufa descabelladamente cara.

Tengo la fantasía recurrente de sentarme en la Plaza Ñuñoa a leer, quizás junto a una cerveza, y aprovechar así los días de sol, pero las pocas veces que lo he intentado lo termino pasando mal y me amargo por culpa de un borracho insistente o de las clases de zumba que hacen frente a la municipalidad.

Hoy no tengo nada que decir, pero aquí estoy porque los libros no se escriben solos.

Nos íbamos de la casa de Ingeborg buscando algo para comer y Hugo me dijo que era el vegetariano más gordo del mundo; no él, sino yo, que no sabía que la ética de las plantas escondiera a tipos tan grandes, pero luego, como chocando con esas verdades extrañas, cayó en cuenta de que los elefantes y los diplodocus también son —o eran— vegetarianos, y con su polera del NEC se quedó en silencio mirando los abedules y buscando otras certezas por talar.

Llegamos a la esquina en bicicleta y antes de despedirse me preguntó si me había hecho el examen del sida y le dije que sí, que estaba todo en orden, pero era mentira.

La filosofía, imagino, funciona igual: hay preguntas pertinentes, pero si se hacen demasiado tarde ya no sirven.

Igual alguien dirá qué importan las buenas preguntas filosóficas, claro, pero que no está de más saber si uno se pegó algún bicho.

Sobran los gestos hermosos, pero los mejores suelen estar reservados para los músicos: Thelonious Monk tocaba el piano sobre un escenario y de pronto, sin avisarle a nadie, como si fuera lo más natural del mundo, se puso de pie y, mientras el resto de la banda seguía tocando, caminó hasta un teléfono que estaba en los camarines, llamó a Nellie, su mujer, le preguntó qué tal estaba y volvió al piano a terminar la canción.

Se lo voy a contar, pero todavía no lo hago.

Debo llevar dos años tratando de escribir un ensayo sobre Hong Sang-soo, uno de mis directores de cine favoritos, pero cada vez que me siento frente al computador —pim, pam, pum— caigo en cuenta de que no tengo nada que decir.

Tengo un muy buen recuerdo de las prietas de Paine, pero quizás me lo invento.

Me gusta, pero no lo entiendo.

Mi política es no ir al peluquero, pero cada un par de años suelo ceder a la tentación y me siento frente a esos espejos grandes para que al poco rato, invariablemente, asienta con una sonrisa falsa, mientras me sacudo los pelos que quedan sobre los hombros.

Seguro que hay otras adversativas mejores, pero no se me ocurren.

Me siento en el escritorio y las intento encontrar, por supuesto, pero las cosas que valen la pena suelen llegar sin que uno las espere.

Ejemplos hay muchos —amigos, libros, comidas memorables—, pero esa certeza no me ayuda ni un poco.

En realidad, lo único que ayuda en la vida —y esto me lo enseñó un profesor de filosofía— es levantarse temprano, pero ando con una flojera que se contagia.

Hasta hace unos días me levantaba apenas salía el sol, junto con el canto de las gallinas, que conste, pero ya no.

Iba a decir que no sabía por qué cambió mi rutina, pero sería mentira: no lo quiero contar.

No es de reservado ni de misterioso —nunca he cultivado esas pretensiones—, pero el asunto no viene al caso.

El final de la frase anterior es horrendo porque siempre he defendido las digresiones y el arte de perder el hilo, de irse por la tangente a lugares hermosos, pero si hay algo todavía mejor es contradecirse.

No sé qué buscaba viendo películas —una o dos al día, durante más de una década; sin orden, sin guía, sin ganas de filmar ni de criticar nada—, pero sospecho que finalmente lo encontré porque de pronto me contenté con una o dos por semana.

Durante un año entero estuve enamorado de ella, al borde de la locura, diría, pero hoy la recuerdo sin cariño, sin amor, sin ganas, como el informe del tiempo de hace dos o tres semanas.

Tal como muchos adolescentes, yo también me perdí y terminé en viajes aburridísimos junto a la pastoral del colegio, en sobremesas falsas e impostadas, atrapado en un mundo de mierda del que pensé que no saldría nunca, como si no hubiera nada más allá, pero como en los finales reveladores de algunos policiales, las cosas cambiaron.

Hay una gotera en el cálefont: nada grave, solo unas cuantas gotas que caen de una cañería, pero soy incapaz de llamar a un gásfiter (porque me da lata) o al dueño del departamento (porque me cae pésimo).

No tener que inflar las ruedas de la bici una mañana de verano como esta es

la señal de algo bueno, sin duda, pero todavía no quiero saber de qué.

Dicen que es muy siútico, pero me gusta comer pizza con tenedor y cuchillo.

La película era fome, pero estaba bien hecha.

Yo tenía diecisiete años y le miraba las tetas de reajo, lleno de pudor, pero aún era muy chico y me incomodaba el sexo, tanto que me dio vergüenza decirle que ahí, sobre la arena de la playa, se le había corrido la parte de arriba del bikini.

Ella a todas luces está aburrída, pero no de su marido, del que se queja cada dos o tres días, sino de la vida.

Es domingo —apenas he dormido, estoy cansado, no me ducho hace un buen rato—, pero estoy en París y el avión despegá en diez u once horas.

Afuera de este departamento está lleno de tiuques, que vuelan de un lado a otro, sobre todo en los días de primavera, pero ya ni puedo anotar el nombre de ese pájaro sin recordar algunas columnas de Roberto Merino, tan tristes como la toalla roñosa del vecino, una roja que ondea al viento, ahora mismo, a media tarde, en la terraza del edificio de enfrente.

Tal vez debiera terminar esto acá, pero recién le estoy tomando el gusto.

Pregunto qué puedo llevar en la noche y me dicen «un vinito», entonces cruzo al supermercado, compro uno caro, de esos para lucirse un poco, pero apenas vuelvo al departamento miro el celular y un segundo mensaje dice: no, mejor un espumante, que todos llevan vino.

Un poco por romanticismo y otro poco por llevar la contra, siempre he defendido lo poco útil y el ocio, las formas de vida escasamente productivas, pero al final termino en proyectos que requieren más fuerzas y convicciones de las que tengo.

Diría que las fuerzas son muchas, pero las convicciones, pocas.

Una noche muy oscura de invierno me asaltaron en el puente que está cerca del terminal de buses de Viña del Mar, pero no andaba con plata —ni siquiera un peso—, así que en una de esas ni siquiera fue un asalto.

O tal vez fue uno, pero no como Dios manda.

Quisiera que vuelvan los astronautas y viajen otra vez por el espacio, que echen a andar la imaginación de los ingenieros, que renazca ese espíritu internacionalista que coqueteaba con la ingenuidad, que aterricen en Marte, en gloria y majestad, con todos los canales transmitiendo en vivo y en directo, en una cadena mundial llena de buenos deseos, ni lo digan, pero lo realmente lindo sería que de un momento a otro y, contra todo pronóstico, se quitaran los cascos y clavarán una bandera pirata.

Me gustaba ver los Pitufos en la tele, pero no entendía por qué siempre tenía que llegar Gárgamel.

Una vez le escribí una carta de amor a Xuxa, pero nunca respondió.

Diría que así comenzó mi educación sentimental, pero sería algo exagerado.

Igual pensaba que esto era una buena idea, pero ya no sé.

Una niña salta con fuerza sobre una poza en la esquina de Marchant Pereira con Fidel Oteiza, moja un montón a su madre, pero ella no se queja y le dice: «Te pareces a la lluvia».

Un sin embargo es cualquier cosa menos un perro.

No decía un perro, sino un pero.

Cada dos o tres semanas le digo que me aburrí, que estoy harto, pero parece que no es cierto.

Quisiera trabajar más, pero internet no me deja.

Recuerdo que cuando era chico me trataba de quitar de encima a mi hermano para salir a tirar bolitas de nieve y tomar con amigos un vino en caja muy malo; durante esos años solo quería ser un Beastie Boy alucinado, pero ahora que tengo el duodeno perforado me entero de que los rockeros nunca vivieron tan bien como un profesor que lee a Luis Chaves en una consulta y espera volver rápido a la casa para preparar una tortilla de espinacas y dormir mirando la tele como si nada malo nunca fuera realmente a pasar.

Este par de líneas son solo para decir que se te olvidó recoger tu pantalón gris y un par de medias que estaban en el fondo del clóset; hubiera sido mejor y más rápido llamar por teléfono hace tantos años, pero ya ves.

Quisiera pasar más rato en internet, pero el trabajo no me deja.

Me decían que eran mejores las papas fritas con mayonesa que con ketchup, yo no les creía, pero la vida, una vez más, demostró que estaba equivocado.

Teníamos casi diez años y él bajó mis calzoncillos en el subterráneo de un edificio, muerto de la risa, encantado con lo que encontró allá adentro; yo no sabía qué pensar, pero no le dije una palabra —ni ese día ni nunca— y seguimos siendo amigos hasta pasada la adolescencia.

Sí, pero no.

Cuando viajo en buses o aviones hay un instante en que el tipo de adelante se mueve un poco por acá y otro poco por allá, como si estuviera incómodo, y sin pensarlo mucho reclina el asiento de un golpe limpio y certero, pero ya no lucho a rodillazos contra ningún riñón, sino que me echo contra el respaldo y paso a otra cosa.

Iba a decir que la madurez se trata de eso —de dejar que las cosas pasen frente a uno sin inmutarse—, pero de pronto es pasajero y en cualquier momento mis costumbres vuelven a la normalidad.

No, pero sí.

## LA VIDA NUEVA

Volví a Ámsterdam después de varios meses en Santiago.

Fueron semanas largas y agotadoras en buena parte porque creía que cambiando de paisaje podría olvidar a una mujer.

«Al menos me dejaron recuperar el trabajo», le dije a mi madre, cuando preguntó con ese tono fatalista con que preguntan las madres, y reservé un pasaje de vuelta.

Cuando me fui lo vendí todo y no estaba en mis planes regresar, pero ahí estaba de nuevo: en un pasillo de Schiphol, con una mochila llena de ropa y revisando mi cuenta en Gmail a ver si tenía una respuesta de Esteban.

Él era un amigo argentino con el que hasta hace unos meses jugaba a la pelota, y que gracias a un par de correos electrónicos lacónicos, e incluso un poco llorones, estaba al tanto de las idas y vueltas con mi ex.

«Diedeke te aloja. Le sobra una pieza», me escribió, con ese tono ejecutivo y cortante que tienen los administradores de bares, justo cuando la cinta deslizante escupía mis maletas.

Encontrar una pieza o un departamento era una tarea difícil y desgastante que no tenía ganas de emprender. Tampoco me quedaba plata para pagar algo decente, y dado el caso había que partir por algún lado. A Diedeke la conocía poco y no me caía particularmente bien. Tenía casi cuarenta años y los ojos cafés y apagados. Era amiga de una amiga de Esteban y cada vez que la vi, en una comida o en un bar, nunca dijo más de tres o cuatro palabras seguidas.

Por lo mismo, cuando toqué el timbre de su casa en De Pijp me sorprendió que se estuviera riendo con los ojos muy abiertos, casi como si yo hubiera

llegado justo para el final de un chiste. Además me dijo que entrara haciendo una reverencia un poco teatral y exagerada. Aunque eran las cuatro de la tarde y estaba en pijama, no dijo una palabra sobre eso ni su buen humor. De inmediato me mostró la casa, que estaba medio vacía y pintada de un blanco sacado de una galería de arte, y más tarde la pieza en que dormiría. Era un lugar ridículamente chico y aún así resultaba de sobra para mí y las pocas cosas que guardaba en la mochila.

Al poco rato me preguntó si quería un té y nos sentamos en la mesa de la cocina. Como si estuviera al tanto de todo —es decir, de mi curioso viaje de ida y vuelta—, me preguntó cómo llevaba lo de mi ex. Yo solo levanté los hombros, y en parte porque llevaba meses sin hablar holandés y se me hacía difícil hilar una frase compleja, le dije que las cosas eran como eran, que no había mucho que hacer.

Esa misma semana regresé al trabajo y, una vez más, todo volvía a parecer vagamente familiar: tomaba el tranvía temprano, tal como hace años, cuando cruzaba en tren de un país a otro para ir al trabajo, y regresaba por la noche en buena parte para no molestar a Diedeke.

Ella trabajaba en una revista, aunque nunca supe con exactitud qué hacía. A veces ni la veía y solo sabía que andaba por ahí cerca gracias a que las paredes eran muy delgadas. Cuando se sentaba en el baño, la escuchaba mear como si fuera una música privada, tocada solo para mí por una orquesta, y con el paso de los días esos ruidos comenzaron a marcar rutinas: con el primero me levantaba para salir al trabajo y con el último apagaba la luz del velador.

Más de una vez, hablando por Skype con mi madre, me pillé perdiendo la conciencia del tiempo y del espacio, hasta que de golpe escuchaba a Diedeke tomar una olla o caminar por el pasillo, y repentinamente confirmaba que ya estaba lejos de Ñuñoa, que los ruidos y los objetos que habitaban la casa me llevaban a la fuerza, casi tirándome de las orejas, hacia un lugar nuevo.

Una tarde nos sentamos en el patio interior y después de mucho rato hablando sobre cualquier cosa, me contó que hace un tiempo había terminado con su pololo.

Vivió acá mismo, incluso.

¿Y no van a volver?

Era septiembre y el tiempo aún estaba bueno. Ese mismo fin de semana había quedado en ir a dar un paseo a la playa con Esteban y creo que me sentí obligado a invitarla. Me sorprendió que dijera que sí, pero para que no lo notara dije algo tonto como «preparate, que no te arrepentirás».

Ese sábado Esteban estacionó su auto afuera. Venía con una mujer que se llamaba Anita. Tenía el pelo corto y los ojos oscuros. Nos saludaron desde dentro, subimos un canasto con comida al maletero y luego Esteban aceleró por la N44 hasta llegar al mar.

La costa de Scheveningen estaba llena de quitasoles de colores y gente en traje de baño. Corría un viento agradable y con dificultad caminamos sobre la arena hasta que Anita, que durante todo el viaje fue saltando de radio en radio, encontró un sitio libre. Ahí dejamos las cosas, nos quitamos las zapatillas y Esteban abrió el mismo vino blanco que llevaba a todas partes. Tomamos un par de copas, comimos sándwiches de atún y vimos cómo los veleros flotaban allá al frente. Después de la primera botella, Anita reprodujo fielmente la canción ganadora en un programa de nuevos talentos, hablamos del precio de los arriendos en Ámsterdam, alguien sugirió sin éxito ir a comprar helados, y de pronto nos callamos y nos echamos bajo el sol.

Cuando abrí los ojos estaba solo y me ardía la frente. Recordé que no me había echado bloqueador y traté de buscar un espejo entre los bolsos, a ver qué tan grave era el asunto, pero no encontré ninguno. También busqué con la vista y sin suerte a Esteban, a Anita o a Diedeke. Caminé durante un rato, un poco mareado por el sol y el sueño. La arena era blanda y el viento me hacía arder la piel. Avancé un trecho que me pareció bastante largo hasta que

me encontré con Diedeke. Se había quitado el bikini y el agua le llegaba al cogote.

Ven, métete.

¿No está muy helado?

Vamos, ven.

Dejé la polera y los pantalones como si fueran un pequeño cerro sobre la arena y entré al agua.

Húndete rápido.

¿Qué cosa?

Húndete.

Aguanté la respiración y me hundí un par de segundos hasta que dejé de sentir frío.

Nadamos mar adentro. Cada cierto rato Diedeke se detenía y me decía cosas que no lograba entender del todo. Volvimos al quitasol agotados, casi arrastrando las piernas, para descubrir que Anita y Esteban nos esperaban con un par de helados a medio derretir.

Ya cuando oscurecía subimos otra vez al auto y volvimos a *Ámsterdam*. En un momento, antes de doblar por la rotonda para entrar a *De Pijp*, Esteban preguntó si queríamos pasar a tomar una cerveza al bar. Con Anita dijimos que sí, por supuesto, que era un buen modo de terminar el día. Diedeke, en cambio, cerró los ojos y dijo que estaba cansada.

Ya frente a las cervezas, Esteban me preguntó cómo llevaba lo de la vuelta a *Holanda*, pero solo me limité a levantar los hombros. Un par de horas después, cuando ya no quedaba nadie en el bar, nos despedimos con un abrazo largo y como me sentía un poco mareado caminé diez o doce cuadras a ver si con ese poco de ejercicio se me arreglaba el cuerpo. Afuera estaba fresco y la noche era ideal para pasear sin prisas y aplanar calles extrañas, incluso para perderse, pero a mitad de camino, y de seguro por culpa de la cerveza, no me quedó más que apurar el paso.

Una vez dentro de la casa avancé a tientas hasta abrir la puerta del baño y, sin poder evitarlo, me puse a mear con una contundencia que ahogó a borbotones el silencio de la noche. Con un poco de culpa me pregunté si para Diederke toda esa bulla marcaría el final de un día o el comienzo de otro.

## 20 X 20

El edificio parece un mausoleo: vacío, pasado de moda, lleno de extrañas manchas en las paredes. Durante la tarde camino por los pasillos escuchando mis propios pasos y, sin una mejor idea, vuelvo a la oficina. Acomodo la silla, miro la pantalla del computador con resignación y descubro que así, rodeado de tanto silencio, será imposible terminar lo que tengo pendiente. Después de unos minutos me rindo frente a la evidencia y bajo otra vez por las escaleras de una facultad vacía por culpa de las vacaciones. A falta de una mejor idea voy a la biblioteca para matar el tiempo y, después de un par de vueltas en círculo, tomo *Twenty Lines a Day*, un libro viejo de Harry Mathews. Hojeándolo en el ascensor —dispuesto, ahora sí que sí, a terminar lo que tengo que terminar—, me entero de que el tipo se comprometió a escribir veinte líneas al día, sean buenas o malas. Y ahí mismo, atolondradamente, me digo que también haré como él (y Stendhal, que fue el de la idea original) y escribiré veinte líneas como quien se ducha por las mañanas. Si no termino el trabajo pendiente, si de un día para otro me quedo solo en esta ciudad, si afuera una nube de golpe lo oscurece todo y me deja entumecido en manga corta mientras vuelvo a mi escritorio, al menos escribiré veinte líneas durante lo que queda de las vacaciones. Sin importar el tema o lo aburridas que sean. A poco andar —es decir, ahora mismo— me pregunto si las veinte líneas de un cuaderno como los que usaba Stendhal equivalen a estas veinte líneas escritas en un procesador de texto —o las veintitantas de un libro impreso—, en silencio, a media tarde, en un edificio de veinte pisos completamente vacío.

Desde hace tiempo compro siempre las mismas bolsas de basura. Unas muy chicas y transparentes, que en una de esas ni siquiera son para la basura, porque siempre resulta difícil anudarlas y adentro apenas caben cinco o seis cosas. Más allá de eso, son muy prácticas porque el tarro es enano y me obligan a botar la basura todas las noches. Los rituales se construyen así, supongo, y ahora, aunque la bolsa ni siquiera esté llena, me sorprende anudándola y comprobando que no olvido las llaves de la casa. Entonces cierro la puerta y camino con cierta gravedad, mientras la ciudad está a oscuras y en este edificio no pena ni un alma. Somos la bolsa, la luz fluorescente del pasillo, las llaves y yo. Cinco pisos que bajo a pie, disfrutando de ese paseo que bien me podría ahorrar, pero que a mis ojos implica un acto de civilización, una lucha contra la barbarie, la confirmación de que a fin de cuentas no soy tan flojo y que puedo hacer este tipo de cosas, que al menos para mí, son un sinónimo de adultez. Alguna vez, una mujer me dijo que tenía temperamento religioso. Ignoro si será cierto, o si existirá algo así, pero este paseo cotidiano del que vengo recién llegando tiene mucho de eso. El basurero —esto quizás debí explicarlo antes— queda en la esquina, así que al salir del edificio camino por la vereda durante dos o tres minutos, bajo un cielo despejado, lleno de esas estrellas misteriosas y angustiantes. Y de repente, rodeado por el peso de la rutina e incluso de la Vía Láctea, muevo una tapa metálica y lanzo la bolsa de basura con la satisfacción del deber cumplido.

34 grados. ¿Qué se puede decir de 34 grados en veinte líneas? Que acá se está mejor que en otras partes, claro. O al menos mejor que como estaba hace unos meses. Luego, ya como un apunte menor, podría agregar que hace unas semanas, quién sabe desde qué oficina oscura, enviaron un correo electrónico avisando que durante el verano cortarían el aire acondicionado porque quedaba muy poca gente en la facultad y no valía la pena la inversión. Y

como ya estamos en verano, ni modo: escribo esto con un inminente dolor de cabeza. Además, hace varios años sellaron las ventanas, en parte, para no perder los encantos del aire acondicionado y, en parte, para evitar que la gente se tire. De todos modos, y para paliar el asunto, dos veces al día pasa un señor regalando botellas de agua. Lo hizo hace solo unos minutos: tocó la puerta y con una sonrisa preguntó si quería una, pero automáticamente le dije que no, que muchas gracias. Lo que no agregué fue que hace muchos años, cuando era chico, me enseñaron a decir siempre que no, que nunca quiero nada, aunque me muera por tenerlo. La buena educación, me decían, se constituye en alzar la voz y decir que no, que está todo bien, que muchas gracias. Es la cultura de la negación absoluta, que lleva de inmediato a ese otro pilar de la buena educación: no decir nunca lo que uno opina realmente porque los que opinan, ya se sabe, son unos imbéciles. Es ridículo y entrañable cómo esas máximas infantiles me marcaron a fuego. ¿Qué más se puede opinar de 34 grados en veinte líneas?

Si filmo una película será así: un hombre de treintaipocos años da vueltas en su cama. A todas luces está inquieto. A su lado, una mujer duerme a pierna suelta. Está oscuro, por supuesto. Deben ser las tres de la mañana, pero él tiene los ojos abiertos. De repente —y esta escena es central—, cae en cuenta de que el sonido de las cañerías tiene un ritmo repetitivo. Entonces lo memoriza y, más temprano que tarde, se duerme. Durante las noches siguientes hace lo mismo, una y otra vez, hasta que un día cualquiera, sentado frente al escritorio en el que trabaja, recuerda el ritmo. Y comienza a repetirlo en voz baja, a veces más rápido y a veces más lento, hasta que se le ocurre que puede ser un mensaje en clave morse. Busca en Google, imprime una hoja con el código y, poco antes de irse a dormir, la deja sobre su velador. En la noche, ya imaginarán, comprueba que es una llamada de auxilio. Durante las madrugadas siguientes se pone una bata que abrocha con fuerza y con una

linterna en la mano camina por un edificio a oscuras, silencioso, mientras todos duermen. Pone el oído en las puertas de los vecinos a ver si oye algo, baja al sótano, trata de asomarse por las bodegas por si un sicópata secuestró a alguien, pero nunca encuentra nada. Ya a un paso de volverse loco y agotado por la falta de sueño, pierde su trabajo. Su mujer, aburrída de vivir con un zombi, se va de la casa. El arrendatario, después de varios meses sin recibir un cheque, lo echa. Con sus pocas cosas se instala en una bodega abandonada y, por las noches, envía mensajes en clave morse.

Como ayer pasé la tarde mirando Facebook, sin hacer nada productivo, respiré hondo y le mandé un mensaje de texto. Decía que preparara su traje de baño y una toalla. Al día siguiente, es decir hoy, comprobamos que la arena del lago era más fina de lo que pensábamos. No era un mal lugar. Alrededor nuestro había mucha gente tomando sol o bañándose en pelotas. No creo que haya sido una playa nudista porque la otra mitad de la concurrencia iba vestida, pero sí sé que hay una de esas playas cerca, así que supongo que habremos estado en la frontera. Jugar paletas en pelotas, sobra decirlo, no es para cualquiera. Menos para nosotros, así que dejamos caer las toallas sobre la arena y luego jugamos vestidos, pero con una dificultad que me resultó extraña. La paleta se me hacía extremadamente pesada y la pelota muy ligera y el resultado era un juego torpe y entrecortado. A ratos acelerábamos el ritmo sin éxito ni naturalidad y de seguro al resto le habremos parecido unos tarados, cosa que en algún grado era cierta (no recuerdo hace cuántos años —décadas— jugué por última vez). Después nos echamos en las toallas y de pronto el verano parecía otra estación, una muy distinta: sin pasillos vacíos, sin trabajo a medio terminar, sin un procesador de textos que me mira con la paciencia de un monje budista. Al salir de la orilla —¿o los lagos tienen playas?—, cruzamos a un local, tomamos un jugo de manzana y más tarde nos devolvimos pedaleando por un camino que

separaba el agua de la tierra. Dicho así, el asunto hasta parece un capítulo del Génesis.

En ese tiempo vivía en un segundo piso de techos altos, en la periferia de otra ciudad, y salí a llamarla por teléfono porque estaba enferma. Caminé durante un rato hasta llegar a un centro de llamados repleto de congoleños (o al menos hijos de congoleños), que hablaban a gritos en francés, aunque también puede que haya sido en otro idioma porque no se entendía ni una palabra. Entonces le dije al tipo que atendía que quería llamar a Chile. Él me miró con sospecha, me preguntó si era chileno, como quien quiere saber si uno es de Marte, y me metí en una caseta improvisada, donde siempre se escuchaba muy mal y muy lejos. Todas estaban construidas con tabiques generosos que permitían escuchar lo que hablaban esas señoras gordas que llevaban vestidos anchos y chillones. Contestó ella misma y yo intenté mi mejor estrategia, que siempre ha sido obviar lo que hay que decir. Supongo que le conté un chiste malo, alguna tontera sin importancia o detalles de mi vida cotidiana en ese lugar. Recuerdo que fue una conversación breve porque ella creía que era carísimo llamar desde tan lejos. Cuando corté no era tarde, pero ya estaba oscuro y pasé a la tienda de enfrente a comprar algo de comer. Al poco rato, y mientras los faroles iluminaban mi cabeza, me devolví caminando con una bolsa llena de fufu y nunca más volví a entrar ni a ese locutorio ni a ningún local africano. Tampoco volví a hablar con ella, que murió al día siguiente. Hoy se cumplen siete años y recuerdo tan vivamente su voz que no podría escribir de otra cosa.

En vista del aburrimiento y del fin de semana que se volvía cada vez más lento y aletargado, salí a comprar pan. Claro que en vez de ir al supermercado de siempre —y envalentonado porque apenas había gente en las calles— fui en busca de pan real. O mejor: de pan artesanal, que es una forma de realidad

un poco extraña, pero que al menos aseguraba lo que buscaba: panes irregulares, hechos a mano y ojalá con los bordes medio quemados. Mi plan era simple y perfecto: saludaría al panadero, me llevaría medio kilo de *ciabattas* en una bolsa de lona y al día siguiente desayunaría apenas saliera el sol. Comería con felicidad un pan con palta, o con mermelada, y todo sería como en las películas donde un tipo heterosexual y de clase media toma el desayuno que inaugurará un día iluminado. Pero los panaderos de la ciudad —todos y cada uno— se fueron de vacaciones al mismo tiempo. Justo ahora, ni más ni menos. En las vitrinas dejaron unos carteles escritos a mano —con una caligrafía torpe y apurada, como si en realidad hubieran salido corriendo— en los que detallaban las fechas de su regreso. Una y otra vez figuraba frente a una puerta cerrada, con una bolsa vacía colgando de la mano e intentando descifrar esa letra ansiosa. Al final, y solo para confirmar que las convicciones también salen de vacaciones en verano, terminé en el supermercado de siempre. La venganza, en todo caso, fue perfecta: compré esos panes redondos, esponjosos y desabridos que se usan para las hamburguesas.

La ventana de mi escritorio mira hacia un hospital. Lamentablemente no se ve el letrero que dice «urgencias» ni mucho menos a los pacientes saliendo en sillas de ruedas o llegando machucados después de un accidente. Es solo una mole de cemento, que veo de costado. Claro que justo en el techo —y para mi deleite— está el helipuerto. Uno que pasó la infancia entrando y saliendo de hospitales lo debiera saber, pero lo cierto es que siempre pensé que las ambulancias aéreas eran una excepción extraordinaria que se reducía a grandes choques y a asaltos de esos que solo se ven en la tele. Una vez más la realidad me pega una cachetada y resulta que el helicóptero aterriza dos o tres veces por día. Es todo un evento, por supuesto. Mucho más durante este verano tan lento en el que me sorprende pensando que allá al frente, a pocos

metros, hay gente que no está aburrida ni preocupada por temas abstractos e insignificantes. Verlo aterrizar es casi como uno de esos poemas que nos enrostran que en alguna parte —siempre muy lejos de nuestro asiento— alguien se está jugando la vida. Hace solo un par de años, yo quería estar ahí: viviendo y sudando el mundo. Confirmando que mi jardín es más verde que el del vecino. Hoy, en cambio, me acomoda más esta silla reclinable y la tranquilidad de un médico al que voy cada seis meses a confirmar que no tengo un tumor rastrero ni una enfermedad silenciosa que me vaya a liquidar un día cualquiera. A veces no se le puede pedir mucho más a un día de verano.

A falta de imaginación, pero decidido a no romper este ejercicio, acá va lo que como durante el día: un café (los granos —60% daterra y 40% yukro, leo en el paquete— los muelo yo mismo, todavía con los ojos medio cerrados), dos huevos revueltos a la inglesa (o, al menos, esa denominación de origen le daba Nigella en la tele: se baten los huevos en un pote, se les echa un poco de sal y otro poco de pimienta, se deja caer un pedazo de mantequilla sobre el sartén caliente e inmediatamente se echan los huevos y se baja la temperatura al mínimo; con una espátula —por alguna razón con una cuchara de palo no resulta— se van despegando de a poco). A media mañana como una barra de cereales con manzana (o eso dice el envase) y durante el almuerzo un pan que llevo hecho desde la casa (dos torrijas de pan negro untadas con una crema de pepinillos y pimentón, dos lonjas de queso gouda, un poco de lechuga y un par de tajadas de tomates). De postre, un yogurt natural de esos sin sabor. Por la tarde, al volver del trabajo, preparo un café aguado y una galleta de sésamo con un poco de mermelada. En la noche, una ensalada (lechuga, rúcula, tomate, esos fideos chicos con forma de espiral, pepinillos, pepino, queso blanco y aceitunas verdes) y algo de yogurt que cuchareo de un tarro de medio litro. Creo que faltan los líquidos. Además del café de la mañana,

tomo uno de la cafetera del primer piso de la facultad y dos té. Uno a media mañana y el otro a media tarde. En la noche, antes de dormir y tal como desde hace varios años, me hago una agüita de tilo o de jengibre. Y así, sin quererlo, cumpla otra vez con mis saludables 20 líneas diarias.

Mientras la esperaba en el centro, entré a la única librería de viejo de la ciudad y encontré un libro de Harry Mathews, el culpable de todo esto. Otro libro de él, quiero decir. Se llama *The Journalist* y se trata de un tipo que se obsesiona con su diario de vida y comienza a anotarlo todo. A medida que avanza la historia —contada precisamente a través de su diario de vida—, la entrada de cada día se hace más y más larga, supongo, hasta que el relato cotidiano se vuelve una cronología eterna y detallada hasta el ridículo. Esto último es una hipótesis, por supuesto: solo leí un par de páginas de pie en la librería porque era muy caro como para comprarlo y algo aburrido como para sentarse a leer en el piso. Influenciado por el fantasma de ese libro, entonces, me pongo a pensar qué anoto en estas líneas. A ratos son apuntes cotidianos y a ratos no. A ratos recuerdo algo que pasó hace poco y a ratos relleno con alguna idea que se me cruza por la cabeza. Esa, de todos modos, era la pretensión inicial: escribir cualquier cosa. Claro que lo de «cualquier cosa» es falso porque nunca es cualquier cosa. En un comienzo creía que sería así, por supuesto, pero sospecho que en todas las entradas hay un mínimo común denominador más allá de las veinte líneas. O tal vez esas veinte líneas no sean solo un número más, sino una forma de mirar el mundo. No todo cabe en veinte líneas, eso es más o menos evidente. El asunto, me digo, es adivinar si lo que cabe en veinte líneas, cabría también en otro formato. Quizás solo algunos estados de ánimo y algunas pocas ideas quepan en este espacio. Aún no me resulta evidente cuáles serán, pero seguro que alguien se dará cuenta.

Hoy leí un artículo sobre un disco que supuestamente era una joya de la

fantasmagoría. Decía que las canciones estaban cargadas de atmósferas oníricas y medio adormecidas, casi fantasmales, que retrataban muy bien el mundo de los McDonald's a las tres de la mañana o de un grupo de amigas que fuman a la salida de una botillería, riéndose a carcajadas, antes de ir a bailar. Según el periodista, ese músico idealizaba el mundo de las raves y las fiestas electrónicas porque era muy joven como para haberlas vivido. Supongo que eso le pasa a cualquiera, pero no solo con el tiempo, también con el espacio. Yo siempre he querido ser un poeta argentino, por ejemplo, pero mi pasaporte me lo impide. Mataría por escribir versos breves y alegres, apuntes cotidianos y flashazos hermosos sobre tardes en la playa, conversaciones con mi amigo Diego mientras tomamos un té con leche, o boludeces sin importancia, todas muy bien detalladas, que casi cualquier poeta chileno miraría con recelo. Y lo he intentado, pero el resultado queda dislocado, medio trucho, casi como si impostara el acento. Tal vez por eso me resigno a escribir ensayos falsos, textos que se quedan en la frontera que va de Santiago a Mendoza, veinte líneas que no sirven para nada porque lo que debiera hacer, en realidad, no es terminar el trabajo pendiente ni volver al país pasillo, sino bajarme del avión una parada antes.

No  
es  
que  
esté  
haciendo  
trampa,  
pero  
éstas  
también  
son

líneas  
pese  
a  
que  
tengan  
tan  
solo  
una  
miserable  
palabra.

Últimamente encuentro un montón de colets tirados en el piso. Sería difícil e inútil fijar un número exacto, pero de un tiempo a esta parte, cada vez que bajo al comedor o vuelvo de la biblioteca, creo ver cinco o seis, por lo general llenos de polvo, con las suelas marcadas sobre ellos, aunque también otros limpios, impolutos, como recién caídos. Una posibilidad es que durante estos días camine más agachado que antes y, solo por esa inminente joroba, le preste una atención especial al suelo. Quizás por ese detalle, tan pichiruche como todos los detalles, ahora caigo en cuenta de que en el mundo hay muchos colets y que buena parte de ellos —¿el veinte por ciento?— están en el piso. Otra opción es que el peinado de moda, sea cual sea, atente contra esos elásticos de colores y, por lo mismo, resbalen una y otra vez como en una coreografía invisible y se liberen de los peinados raros, muy cortos por acá, muy largos por allá, y caigan como revolucionarios en combate que se niegan a aceptar las reglas tan caprichosas de la moda. Para ser franco pensé que este apunte daría para más —y más, en este caso, son veinte líneas—, pero me sorprende frente a mi falta de imaginación o a lo rápido que me aburrió este ejercicio. No sé qué otra cosa se puede decir de un montón de colets repartidos en el piso. Como mucho serán la demostración empírica e

incontestable de que este edificio, antes del verano, estuvo lleno de jóvenes con el pelo largo o de encargados de la limpieza.

Ayer, en las páginas finales de un diario que hojeaba sin mucha esperanza en la cafetería de la facultad, apareció la noticia de un tostador eléctrico que causaba furor no sé dónde. Era tal como cualquier otro, pero tenía un botón que decía «un poco más» y en ese aparente detalle se jugaba su éxito. Supongo que le ha pasado a medio mundo: cuando se tuesta por segunda vez el pan —porque a la primera salió muy pálido como para derretir la mantequilla— aparece negro y al borde de convertirse en carbón. Prestándole atención a ese detalle, imagino, un alumbrado inventó el botón de «un poco más», que a veces es lo que hace falta. No mucho, solo un poco. Quiero decir: lo que vale para el pan tostado puede que valga también para la vida. Son menudencias, pequeños detalles, alteraciones mínimas que evitan desastres y entregan placeres. Me gustaría tomar el teléfono y contarle eso — con voz de sorpresa, como si acabara de descubrir higos en oferta—, que las cosas se arreglan, que mejoran, que no hace falta gran cosa, que los electrodomésticos, si uno los mira de cerca, se parecen a un buen psicoanalista. Que no es necesario botar a la basura una plancha o una batidora porque fallan, que hace algunos años era de lo más común abrirlos y arreglar un cable quemado o amarrar con una huincha aisladora cualquier cosa que estuviera más o menos suelta. Que había gente que incluso se dedicaba a eso. No era una mala idea llamarla y decírselo, pero me pareció demasiado romántico. Lo que debiera hacer, en realidad, es terminar lo que tengo pendiente, dar el último empujón, sudar dos o tres gotas frente a ese texto maldito y pasar a otra cosa, quién sabe, tal vez volver al país del pasado, e iniciar algo nuevo en un lugar viejo. Dedicarme a la arqueología, digamos.

Hay días en que veinte líneas son una montaña. Dicho así suena ridículo y exagerado, pero lo que debiera tomar un par de minutos, después de un tiempo se vuelve una escalada lenta y tortuosa. Supongo que tiene que ver con el punto de vista. Cualquier cosa que se mire lo suficientemente de cerca y durante mucho tiempo ofrecerá detalles desconocidos. De hecho, ese es el principio que ha llevado a la ciencia a encerrarse en sí misma y a especializarse en subáreas de subáreas, pues cualquier categoría que se mire con paciencia tarde o temprano revelará dos o tres ramas por las que seguir escarbando. Me pregunto si por lo mismo ahora estos apuntes se hacen más difíciles. La idea de escribir sobre lo que sea que pase por mi cabeza, sin jerarquías ni muchas pretensiones, al rato se muestra débil y llena de grietas. Después de un tiempo —y al parecer ese tiempo es hoy— las estructuras y las obsesiones se vuelven evidentes y uno les trata de hacer el quite, intenta fijarse en cualquier otra cosa, pero al parecer los ojos de uno son como los de los antílopes, que miran con un zoom de 10X, o de los topos, que no ven nada. Tal vez escribir sobre cualquier cosa siempre fue una meta ingenua porque, aunque se intente lo contrario, uno escribe —y piensa— solo sobre un mismo tema. Lo de los antílopes, perdonando la digresión, lo saqué de una novela maravillosa de Jenny Offill que leía hace unos días en la oficina, haciendo lo imposible por no terminar lo que debía terminar. Ahí contaba que en una noche despejada ellos pueden mirar directamente, y sin ninguna ayuda, los anillos de Saturno.

La vi a lo lejos, del otro lado de la calle. En realidad, no estaba tan lejos, a fin de cuentas la reconocí sin problemas, pero la distancia era suficiente para refugiarme en la impunidad que regala la multitud. Imagino que la acompañaba su madre —se parecían bastante— y para evitarlas no me quedó otra que desviarme hacia calles laterales y poco transitadas. Pese a las ganas que tenía de verla, no me interesaba entrar, aunque sea un poco, en su vida

familiar. Y así, como un espía que avanza de reojo por el territorio enemigo, fui a comprar el hervidor de agua que estaba buscando y volví rápido a la oficina. Subí en el ascensor —iba solo y en el espejo del fondo vi mi reflejo y una bolsa plástica, solitaria y cansada, colgando de la mano izquierda—, me comí el sándwich que tenía en la mochila e intenté terminar lo que tenía pendiente, pero fue inútil. Entre el desinterés que me supera y el calor que no cede, se me ocurrió que tal vez estaba deprimido, que llevaba mucho tiempo así, mirando con cara de perro triste por la ventana, que ya era hora de cambiar de rumbo y dedicarme a otra cosa, de volver al otro país, el anterior, o, por último, de ir a buscarla e invitarla a comer (aunque sea con la madre). Después de un rato apagué el computador y me fui al departamento, vi un capítulo de una serie de policías y ladrones y cuando pensé en tomar el agüita de tilo que tomo cada noche, caí en cuenta de que olvidé el hervidor en la oficina.

Si escribo un libro será así: un tipo está aburrido en una ciudad extraña hasta que decide hacer un cambio importante en su vida y compra un perro. Nada muy grande porque vive en un departamento chico. Una perra salchicha, por ejemplo. Será una suerte de terapia para alejarse de la depresión, o al menos para activar su vida afectiva, se dice mientras vitrinea en internet cachorros, camas para perros y lee en foros disquisiciones demasiado largas sobre si conviene tener una hembra o un macho. Al final, compra una perrita muy simpática y el libro, en realidad, comienza en ese punto, con sus paseos diarios. Son solo escenas aisladas de él paseando a la salchicha: los tipos con los que se encuentra en el parque —un mismo parque, muy cerca de su departamento—, un Boston terrier insoportable que a veces lo obliga a salir con un bastón para espantarlo, el día en que olvida llevar la bolsa para recoger la caca y recibe miradas de reproche, los punks que se echan en el pasto con sus perros grandes y obedientes, el tipo que aparece de la nada a

pasear un perro hermoso —un pastor afgano—, las mil formas que tienen los perros de tomarse el olor del culo, la noche en que la salchicha se puso a vomitar a los pies de una señora que leía en una banca, las conversaciones al pasar con la misma gente —nunca logra recordar sus nombres— sobre el cepillado, la comida, el corte de uñas, lo caro que cobran los paseadores de perros, la mañana en que un pug intentó violar a su perra y él salió corriendo con ella en brazos pensando en esterilizarla y en que tal vez ya se había enamorado. Será una novela del siglo XIX, creo, aún no sé si de amor o aventuras.

Odio a mi vecino. Llevaba varios días pensando en anotarlo en estas veinte líneas, pero la sola idea de odiar a alguien me parece un poco infantil y ridícula. Aunque tal vez no lo quería anotar porque cuando digo «mi vecino», automáticamente lo imagino a él y sus parlantes y sus discos de hip hop pasados de moda, y las series de televisión en las que jura vivir, siempre marginales, norteamericanas, tan peligrosas como él mismo se cree, que va de gánster por la vida, con los pantalones colgando, fumando marihuana con sus amigos en el pasillo del edificio, instalando un amplificador y un micrófono en la terraza para rapear con muchas ganas un domingo por la tarde, y luego, como si nada, a los dos días, baila reggaetón con otro montón de gente y me dice que si me molesta, pues ni modo, que me vaya. Algunas tardes salgo a caminar o a andar en bicicleta con la esperanza de que a la vuelta ya solo haya silencio en estos cuarenta y cinco metros cuadrados. Algunas noches voy a bares y otras, sobre todo ahora en verano, me siento en la pequeña terraza que, por alguna razón misteriosa, es el único lugar del departamento en el que no se escucha la música que sale de su discoteca, y paso la noche así, a la intemperie, escuchando los ruidos del estacionamiento y de algún grillo distraído. No me importaría si un día amanece muerto. Incluso me

alegraría. Supongo que así se podría definir el odio en un diccionario. No creo que pueda decir lo mismo de alguien más.

La palabra flojera huele a sábanas. Es muy evidente: flojera. Sábanas con migas de pan, incluso. Durante varios meses, por ejemplo, puedo pensar en un evento menor pero aun así importante: un concierto, un fin de semana largo en la playa, una comida a la que por alguna razón tengo ganas de ir, qué sé yo. A veces imagino qué pasará o si irá o no tal persona. Cuando todavía quedan semanas por delante, doy por hecho —tampoco es que lo piense— que ese tipo de eventos quebrarán la rutina y la lentitud con que pasan los días, pero llegado el momento las cosas nunca son así. Si está lloviendo, si hace mucho frío o sencillamente si no ando de ganas, cambio de idea. En ese instante la ley de la relatividad aparece en todo su esplendor y confirmo que en presente todo da lo mismo. Que las certezas —e incluso los deseos— valen a futuro, que en el aquí y ahora todo es plano y del mismo color. Solo por el peso de lo inmediato, ese círculo rojo que lleva varios meses en la agenda, anotado con seriedad y antelación, se transforma en una figura geométrica del montón. Una irrelevante bocanada de aire. Hace semanas, quería decir, tenía las esperanzas puestas en el futuro, pero de repente el presente revela que siempre es más fácil y mejor pasar a otra cosa o enrollarse entre las sábanas. En fin, llevaba varias semanas dándole vueltas a una comida en la casa de D. —iba uno de mis columnistas favoritos—, hasta que hace un minuto mandé el correo electrónico diciendo que lo sentía, que los virus del verano son así, impredecibles y caprichosos.

Una mosca. Entra rápido y por la ventana que está entreabierta. La ventana de la derecha, para más señas. Es casi mediodía y se mete con confianza y seguridad, como una profesional que sabe muy bien lo que hace, que conoce los secretos del oficio. Mientras tanto, yo tecleo en este computador como un

anotador serio y metódico que se entrena para escribir veinte líneas al día como si esa fuera la dosis de un remedio que, de un modo u otro, arreglará algo. Y tal vez así sea. Quién sabe si hay algo terapéutico en veinte líneas que no pretenden ser más que veinte líneas. A César Aira, el escritor argentino, cuando le preguntan cuál es su secreto para escribir tantos libros, repite eso de que es muy fácil, que para firmar más de cien novelas solo hace falta escribir cuarenta minutos por día. Pero todos los días. Y lo que asusta de su respuesta es que con toda seguridad debe de ser cierta. Las distancias largas, a fin de cuentas, se recorren en tramos cortos. Y con veinte líneas, que suelen ser más o menos doscientas noventa palabras, quiero creer que avanzo hacia alguna parte, que al final soy capaz de terminar algo, pero al menos a estas horas de la mañana me cuesta saber si toda esta cháchara es cierta. Ahora que estoy por cerrar el párrafo, la mosca se acerca, me tantea, me mira con sus cientos de ojos, va y vuelve en círculos, mide si será prudente posarse encima mío, y así, casi sin quererlo, cuando llego por última vez a la línea número veinte, se va por la misma ventana por donde llegué.

## UNA FOTO DE ARAKI

La lista con los elegidos llegó a comienzos de junio. Diría que fue una sorpresa, pero hace unos meses ya había postulado al festival e incluso a ese pequeño fondo de ayudas, que a través de un correo electrónico firmado por un burócrata aseguraba el éxito de mis súplicas presupuestarias. Era un hecho: finalmente iría al Festival de Arte Nuevo de Berlín junto a una delegación de profesores latinoamericanos y —mucho mejor— lo haría gracias a los pasajes y al viático que me entregaba una fundación alemana.

Una mañana de octubre el avión aterrizó en Tegel. Bajé con la maleta de mano —ahí cabían todas mis cosas— y de inmediato salí a tomar la micro que pasaba por allá afuera. Dicho de ese modo parece fácil, y lo era. Además, cuando se abrieron de par en par las puertas no había nadie sosteniendo un cartel con mi nombre y conocía relativamente bien la ciudad porque hace años, mucho antes de dedicarme a la academia —si se puede decir algo así—, había pasado varios meses en ella.

El hotel —seco, sobrio, eficiente— quedaba cerca de un puente en Kreuzberg y para la hora de almuerzo ya había salido de la ducha y tenía casi el día entero por delante. Dormí un rato, llamé a mi mujer y más tarde comí un falafel en un local que estaba en la esquina mientras pensaba qué diría al día siguiente, cuando me tocara conversar en público con una profesora de cine y un director de teatro que tuve que buscar en Google porque sus nombres no me sonaban ni en pelea de perros. Lo siguiente que recuerdo es la sonrisa de Agatha, que durante la mañana apareció en el comedor del hotel, mientras yo comía el tercer pan con huevo del desayuno. Se presentó

estirando su mano, me contó que hacía el doctorado con alguno de los organizadores y se sentó a mí lado a tomar un café mientras yo daba las últimas mascadas. Una vez arriba del auto me dijo que iríamos a Neukölln, que ahí celebraban el festival, y me entregó un sobre blanco con mi nombre cuidadosamente escrito a mano. Sonreí y lo guardé en el bolsillo interior de mi chaqueta sin agregar nada y luego hablamos del clima y de cómo había cambiado la ciudad y hasta del último libro de un académico argentino que, en realidad, no había leído.

La mesa redonda —«Perspectivas del humor y la política en el arte contemporáneo»— comenzó y terminó como suele suceder en estos casos, sin pena ni gloria. Mis intervenciones fueron pobres y un poco vergonzosas. Soy incapaz de decir cosas interesantes cuando hablo en público —en privado juraría que sí—, y si a eso le suman mis ganas de hacerme el payaso, de ganar por el lado de la risa, el resultado suele ser triste, casi de circo pobre, y esa vez no fue la excepción. Cualquiera que mirara el asunto con distancia diría que no debiera ofrecerme más para estas cosas, pero los viajes y los viáticos me gustan tanto —y son tan escasos— que no logro negarme.

Luego, la calle. Quedaban dos o tres horas para un almuerzo grupal y, como tenía ganas de matar el tiempo, salí a caminar por el barrio. No tenía un plan, así que sencillamente levanté las solapas de mi chaqueta y caminé en línea recta. Cuando ya había avanzado demasiadas cuadras, me senté en un café —tengo una artritis chúcará que me obliga a parar de vez en cuando— y miré a la gente desde una banca de madera, mientras pensaba en lo que piensan todos los turistas, es decir, en lo raro que resultaba estar en ese lugar cuando ese día, y a esa hora, debía de estar en mi escritorio, frente a las gallinas de la vecina. Pagué, volví a levantar las solapas de mi chaqueta y, cuando llevaba una o dos cuadras, la vi. Era una polaroid de once por nueve centímetros, con los bordes blancos, es decir, en realidad la foto era de ocho por ocho centímetros porque esos bordes, estrictamente, eran el marco. Al

centro una mujer asiática estaba amarrada con cuerdas, de un modo violento, forzado, tal como la víctima de un sicópata. Llevaba una blusa negra medio transparente y de seguro la fotografiaron en un hotel barato o en una casa mal decorada. Por lo demás, la calidad no era muy buena: estaba un poco desenfocada y con esa porosidad melancólica de cualquier polaroid. Sin embargo, estaba firmada por Araki, mi fotógrafo favorito. Desde hace años que compraba los pocos libros de él que encontraba en las librerías del Paseo Ahumada o de Providencia. Alguna vez incluso encargué *El viaje sentimental* en una librería japonesa de segunda mano y aún guardo ese libro, de una factura hermosa y cuidada, a un costado de mi escritorio. Está en japonés, claro, pero da igual porque es de fotos. En ese caso, las que le tomó a su mujer la misma noche en que se casaron —y, en realidad, durante las siguientes, cuando se fueron de viaje— y más adelante, cuando ella se enfermó y murió. Es un libro terrible y doloroso como la mejor poesía. Luego Araki siguió documentando su vida privada, la de su gato Chiro, y fotografiando mujeres en pelotas o amarradas con cordeles. La de sus fotos es una belleza rara, casi sobrenatural, y solo una vez, hace muchos años, cuando no me invitaban a ninguna parte, las vi en vivo y en directo. El resto del tiempo, las miro en internet y a veces las dejo como el fondo de pantalla de mi computador o las amontoño en un disco duro que tengo en la oficina.

Las polaroids nunca las había visto en vivo. Eran pequeñas y salvajes. Casi parecían un amuleto. Entré más o menos hipnotizado a esa galería completamente blanca y caminé con cuidado, como un extraño o un delincuente que se delata sin querer. Las miré aturdido: esas fotos eran joyas sangrientas que me hablaban en un lenguaje nuevo y, por lo mismo, incomprensible. Estaban tras un mostrador común y corriente, de un vidrio delgado, entremedio de otro montón de cuadros y fotos de artistas que desconocía. En algún sentido, hace años que no estaba tan cerca de Araki, ese tipo con una sonrisa de serpiente y anteojos redondos. Me hubiera ido

tranquilamente de ahí, más que satisfecho, si uno de los muchachos que atendía, un flaco vestido de negro, no me hubiera dicho al oído cuánto costaban; era menos de lo que hubiera imaginado, pero a la vez mucho. Casi la mitad del sueldo de un profesor chileno, digamos. Nada que a uno le sobrara. Claro que no estaba en Santiago, sino en Berlín, y en mi chaqueta tenía un sobre con el viático que me permitiría comprar una de esas fotos y comer falafels con las monedas del vuelto durante los siguientes cinco días.

Y tal como esos magos que de pronto sacan un conejo del sombrero, metí la mano al bolsillo. La foto del mismísimo Araki era lo más caro que había comprado en muchos años —si no contaba el auto, aunque eso lo pensé durante meses, sin impulsos, casi por obligación, y era caro, sí, pero estaba lejos de ser hermoso. Debía ahorrar esa plata, era lo correcto y lo razonable —y hasta ese momento yo era la definición de un tipo razonable: enseñaba literatura chilena del siglo XIX en una universidad privada, publicaba con regularidad, tenía una vida sexual pobre pero honrada, dos tercios de las veces votaba por el Partido Socialista—, eran ahorros que me hacían falta, pero la polaroid de la mujer de blusa negra, amarrada con un cordel grueso, me gritaba desde la vitrina, decía mi nombre en voz baja, susurrándolo, casi como si quisiera que la rescatara, y no me quedó más que obedecer. Una polaroid de Araki, quién lo diría. La guardé en el bolsillo de la chaqueta, como si los billetes se hubieran convertido literalmente en la foto. Transubstanciación le dicen a ese acto misterioso en que el vino, de pronto y sin metáforas, se transforma en sangre.

A las clases medias y bajas les está vedado el arte. Lo pueden ver en museos, siempre de lejos y tras una línea amarilla trazada en el piso que demuestra que son invitados, que solo están de paso. En casi todas las salas, para más remate, hay un guardia por lo general de uniforme, que no protege las obras, sino que vela para que se mantenga ese orden cósmico. Ponerle el dedo al *Angelus Novus* de Klee o tirarle el aliento a una foto de Nan Goldin

está permitido entre quienes compran e intercambian esos objetos, más que como mercancía, como una forma de reconocimiento. Y ahí, caminando con la foto en el bolsillo, entendí por qué: el arte transforma a la gente. La polaroid con la firma de Araki trazada con un plumón negro y grueso de repente se convirtió en un escapulario que me defendía ante la vulgaridad de la vida normal.

Arrebatado por culpa de esa revelación que pesaba tanto como un piano, me metí en uno de los tantos fotomatonos que están repartidos en la vereda de la Sanderstrasse, cerré la cortina y en la penumbra me senté a mirar la imagen de la mujer amarrada. Que para eso sirve el arte, me dije, para mirarlo. Se me aceleraba el pulso mientras acercaba la foto a mis ojos, incluso le tiré el aliento para comprobar cómo esa capa húmeda desaparecía lentamente. Apenas la di vuelta, descubrí que el cuadrado oscuro que está en el reverso de todas las polaroids, en este caso, era un hoyo negro que terminaba con cada una de mis miserias. Desde el fondo de esa versión torcida del espacio y el tiempo, que tanto misterio provocaba entre los astrónomos, salía el que sería yo apenas volviera al edificio del Festival de Arte Nuevo —primero aparecieron los brazos, luego el torso, finalmente las piernas—: un profesor resuelto, opinante, un dandi de alpargatas que va por el mundo como rentista de su propio capital cultural, exhibiéndose en seminarios y charlas, acumulando millas y sonrisas, escribiendo textos que bien podrían no escribirse, cultivando peinados excéntricos, confirmando que la personalidad es una nueva forma de arte o erudición, que a más inútil el trabajo, mejor se paga. En otras palabras, desde ese día me bastaría con invocar la polaroid —sus dimensiones tan escasas, el rostro de esa mujer anónima, la tosquedad de los cordeles que la amarraban— para confirmar que el mundo exterior era irrelevante porque el arte contemporáneo, desde ese preciso momento, me cobijaba con la misma devoción de una madre italiana.

## AH, LA PERESTROIKA

Arriba, encaramada como la estrella fugaz del árbol de pascua, estaba la licuadora. Abajo, la tele. Yo atravesaba el estacionamiento subterráneo como un equilibrista iluminado por la luz blanca y fría de los tubos fluorescentes, cuando recordé que a mediados de los años ochenta existía un concurso, de esos que precisamente daban en la tele, en que alguien debía adivinar cuánta gente cabía dentro de un Fiat 600. Tampoco era gran cosa porque en ese tiempo había un concurso para casi todo: buscar pareja, cantar afinado, correr por los pasillos del supermercado echando cosas caras dentro del carro, adivinar cuál de todas las piernas era la de tu pareja, cantar desafinado, incluso algunos hasta regalaban una casa por juntar envases de leche.

La tele, dicho sea de paso, la llevaba para verla, que para eso la usa la gente. A veces siento la necesidad de explicar esto último: por qué veo tele o, peor, por qué la miro durante las vacaciones. Son cosas que necesitan explicaciones porque el resto del mundo, me parece, dice no entenderlas o mira con cara de espanto, como si mi deber fuera nadar en un río o quedarme echado bajo un sol inclemente. El arte contemporáneo, en todo caso, se trata de lo mismo (y nadie mira mal a los que pasan las tardes en una galería, yendo de un cuadro a otro): se paran frente a una obra y la contemplan durante un rato, muy quietos, para tratar de entender el mundo (aunque a primera vista no se entienda nada). Además, cuando veo tele suelo tener el control remoto en la mano como quien lleva una de esas audioguías que reparten en los museos —y que nunca uso porque en general hay que pagarlas y no me gusta pagar por nada— y me enfrento a la pantalla con

seguridad, con poder, como quien, por decir algo, entiende de arte contemporáneo, o, al menos, tiene un par de libros de Hans Ulrich Obrist en la mesita del living. Y lo de la licuadora, ya que estamos en esto, es porque tomar jugos de frutilla durante las vacaciones me parece un panorama ideal, sobre todo si consideramos que iba al sur, donde abundan las frutillas o las moras e incluso los arándanos.

Dejé la tele y la licuadora en la maleta, di dos pasos hacia atrás y vi en perspectiva cómo los libros, la manguera, las sábanas, las dos cajas con comida no perecible, la maleta con ropa, la bolsa del supermercado —en la que guardé el detergente, el jabón y el matamoscas—, las paletas de playa, la hamaca, y ahora la tele y la licuadora, cabían al tres y al cuatro dentro del auto.

El maletero del Lada Niva E5 me aceptaba con temor y resignación, acaso como la mismísima Virgen María, y dudaba si ofrecerme otro espacio, uno más. Supongo que por eso recordé la competencia televisiva en que la gente se achicharraba dentro del auto hasta alcanzar números ridículos. Veinte, doce, treinta y dos. ¿Cuántas personas caben en un auto? ¿Muchas? ¿A qué llamamos mucho? Luego me limpié las manos en los pantalones y volví al piso ocho en busca del tostador, porque qué es la vida, me dije allá abajo, sin pan tostado al desayuno.

Un tostador de esos viejos, por supuesto, planos y de lata, que se ponen sobre el quemador de una cocina a gas para que el pan se tueste de a poco, lentamente, primero por los bordes, soltando un ligero olor a madera, y luego sea hora de ponerlo en un plato y echarle algo. Yo diría mantequilla, pero el mundo es grande y largo y habrá quien prefiera otra cosa y no vendré a contradecir a nadie.

Una vez de vuelta en el departamento, listo para bajar con el tostador, me pregunté qué pasaría si la cabaña que había arrendado a través de una página de internet tenía una cocinilla eléctrica. ¿Me comería el pan sin tostar?

¿Pondría la marraqueta directamente sobre el quemador eléctrico? Suponía que en el sur no habían muchas cocinillas de ese tipo —allá, juraría, no hay mucho de nada—, pero como hace tiempo que no iba, no valía la pena arriesgarse, sobre todo si el costo era el pan frío. Así que di vuelta el tostador eléctrico sobre el lavaplatos y vi cómo caían pequeñas costras de pan y migas calcinadas —la arqueología de años tomando desayuno— y bajé otra vez al piso menos uno.

El maletero estaba ahí: abierto y valiente. Quedaba espacio, imaginaba, para los dos tostadores.

Qué locura haber comprado un auto ruso —me dije en ese momento—, pero a fin de cuentas para eso sirven los rusos: para derrocar a los poderosos y luego irse de vacaciones, para ganar la Copa Libertadores, para remover los días de ocio con desmesura, para no temerle al futuro, qué va: para darle respiración boca a boca a la civilización.

Luego di dos pasos hacia atrás y comprobé que ya no quedaba espacio para una radio a pilas ni para un ventilador.

Edición en formato digital: marzo de 2018

© 2018, Gonzalo Maier

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.

Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-956-9766-73-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[www.megustaleer.cl](http://www.megustaleer.cl)